

Antero Jiménez Sánchez

El Poeta de Torredelcampo

Soledad Sonora

EL POETA DE TORREDELCAMPO

EL POETA DE TORREDELCAMPO

ANTERO JIMÉNEZ SÁNCHEZ
BIOGRAFÍA Y DISCURSOS

1ª Edición 2022.

Biografía

Soledad Sonora

© Soledad Sonora

Discursos

Antero Jiménez Sánchez

© Herederos de Antero Jiménez Sánchez

Diseño de portada: Antero Jiménez Antonio

© Antero Jiménez Antonio

ISBN:

CONTENIDO

BIOGRAFÍA DE ANTERO JIMÉNEZ SÁNCHEZ...	8
DISCURSOS QUE SE CONSERVAN.....	118
PRÓLOGO.....	120
APERTURA DE CURSO EN EL INSTITUTO DE TORREDONJIMENO.....	128
EN EL PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE TORREDELCAMPO.....	144
EN LA COMIDA-HOMENAJE A LA MAESTRA Dña. ANA GARCÍA MENGÍBAR POR SU JUBILACIÓN	152
EN LA SEMANA CULTURAL DE TORREDELCAMPO “EL OLIVO”	156
EN LA SEMANA CULTURAL DE TORREDELCAMPO “EL LAGARTO BACHILLER”	160
EN EL HOMENAJE A JUANITO VALDERRAMA	166
EN EL ACTO LITÚRGICO-LITERARIO ORGANIZADO POR LA ADORACIÓN NOCTURNA DE TORREDELCAMPO (I)	172
EN EL ACTO LITÚRGICO-LITERARIO ORGANIZADO POR LA ADORACIÓN NOCTURNA DE TORREDELCAMPO (II)	180

BIOGRAFÍA
DE
ANTERO JIMÉNEZ SÁNCHEZ

Por Soledad Sonora

ANTERO JIMÉNEZ SANCHEZ

Este era y es el Poeta. Era porque ya no está físicamente entre nosotros, y es, porque su presencia siempre nos acompaña: A través de los recuerdos, a través de cientos de testigos de su figura, que se agranda en nosotros de forma trascendente, y que emana de tantos manuscritos, de infinidad de recortes mediáticos y de esas inmanentes imágenes que asoman en nuestra propia condición de haberlo conocido. Efectivamente, a los que hemos sido testigos de su paso por este mundo, los recuerdos se hacen presentes en cada uno de sus versos, en cada frase de sus discursos, en todo su legado.

Resulta fácil transmitir el rasgo fundamental de su personalidad porque hay una cualidad que lo define completamente: Antero Jiménez Sánchez era poeta y como tal vivió su vida sin apartarse ni un solo momento de esa cualidad que lo definía. Todo él respondía a ese modo de vida y, como alguien ha dicho muchas veces al hablar de él, no era poeta solo porque escribía poesías, lo era porque sentía la poesía y su lirismo brotaba desde su más íntima forma de ver y concebir el mundo. Antero Jiménez Sánchez era poeta cuando le gustaba levantarse al amanecer solo para poder contemplar el nacimiento del día configurado en esas bellas luces amarillas, ocre, azules y rojas que, iluminan el alba y sentía como si Dios se transfigurara en esos bellos amaneceres. Era poeta cuando, en las noches despejadas, pasaba horas y horas contemplando las estrellas y llamaba la atención de su hijo:

—Mira, Anterito, fíjate en esas estrellas —le decía apuntando al cielo—, fíjate bien, seguramente dibujan la cometa que yo te hice y se ha quedado perdida en lo alto de la torre de la iglesia, —y, con esa sonrisa que nunca abandonó, continuaba— fíjate bien, hasta tiene un trocito de la guita que se rompió... Esa es... —Y le hablaba de constelaciones, de la tremenda distancia entre las estrellas, de...

Antero Jiménez Sánchez era poeta cuando, sostenido en sus muletas, en su penoso andar, recorría kilómetros para ver y disfrutar del amanecer del campo, de sus sonidos, del aleteo de las tórtolas que, confiadas, acudían al aguadero para saciarse del frescor de la mañana. Él decía que iba a cazar, pero sus hijos y muchos que en alguna ocasión lo acompañaron, son testigos de que jamás sacaba la escopeta de su funda, porque como decía Alfonso Sancho, no podía matar el paisaje que era su esencia,

y, allí pasaba las horas solo, en la choza hecha de varetas de olivo, rendido a la contemplación de esa naturaleza pujante en aquellas mañanas de primavera y verano llenas de luz. Solo, con su pensamiento, y seguro que, hablando, sin palabras, con los vencejos y los gorriones y con todas las aves que cruzaban su cielo. Solo, hasta que el frescor de aquellas mañanas se convertía en el furor amarillo del calor tórrido de los mediodías de aquellos veranos torrecampeños. Solo, hasta que el cansino sonido de las chicharras ahogaba al de los pájaros; entonces, casi siempre su Pipe, el pequeño Pipe, recogía su catrecillo que, colgado en su diminuto hombro, trasladaba, en su acompañamiento despacioso, hasta el pueblo que ya casi dormía en los albores de la siesta... Y era poeta, cuando pensaba que era conveniente, de vez en cuando, al menos una vez al día, retirarse a solas a una habitación a meditar e incluso a llorar por el dolor

de la humanidad. Lo era, cuando le gustaba despertar entre la noche, de los sueños profundos, para “sentir el sueño” y volverse a dormir complacido en ese placer de abandono de su somnolencia. Y lo era, cuando guardaba solo para él sus sufrimientos y sin embargo sonreía; lo era, cuando leía y cuando escribía. Era poeta, no porque escribiera poesías, que lo hacía magistralmente, lo era porque su vida era poesía.

Antero Jiménez Sánchez, nació el 28 de diciembre de 1906 en Torredelcampo (Jaén), ¡Casualidad, el día de los Santos inocentes!... Por eso su alma siempre fue inocente a las maldades del mundo. Nunca entendió esas maldades... siempre le oí decir que todo el mundo era bueno y que la maldad era solo una circunstancia, una horrible consecuencia de cerebros gravemente enfermos. Nunca llegó a comprender la guerra, no comprendió jamás que unos

hombres mataran a otros hombres: Por eso, tampoco nunca comprendió por qué lo encarcelaron, por qué sufrió destierro, cuando él, desde su pensamiento político solo deseó lo mejor para España y para toda la humanidad, cuando solo se preocupó de llevar la cultura a aquellos que menos posibilidades tenían de adquirirla. Él siempre pensó que la II República traería una nueva era para España, su modernización y, lo que era más importante, la justicia social: Había que transformar las estructuras económicas de este país, pero él pensaba que eso no era posible sin una previa revolución cultural. Por eso, desde su más temprana juventud, se convirtió en un activista de la cultura. Jamás le hizo daño a nadie, por el contrario, todos los que lo conocieron saben que siempre estuvo abierto a ayudar a cuantos tuvo la posibilidad de hacerlo. Siempre desde su revista, “La Nueva Humanidad”, predicó la no violencia y que el cambio

de paradigma, se produciría a través del poder imparable de la cultura. Solo la cultura podía transformar las bases del pensamiento decimonónico que aún subsistía y que, según él, era la causa de la concepción del hombre como un ser útil para producir. Precisamente, ese era el paradigma que urgía cambiar por otra base, que sería la dignidad de cualquier ser humano independientemente de su sexo y condición.

Poco sabemos de su niñez, porque a él no le gustaba hablar de su pasado. Cuando habló del niño que fue, lo hizo rememorando recuerdos de sus maestros y de alguna que otra barrabasada que él y los niños de su edad, inocentemente, hacían. Como todos los niños de su tiempo, su diversión era la calle, jugar tirados en el suelo a todo lo que se les ocurría, fundamentalmente a las bolas y a echar y competir con el trompo. Alguna vez me habló de juegos un

tanto brutos y de pandillas, juegos que yo también compartí en mi infancia torrecampeña. Nunca me dijo, seguramente porque no vino al caso, que estudió el bachillerato en el instituto Virgen del Carmen de Jaén, pero yo encontré allí parte de su expediente académico. También sabemos que desde sus doce años empezó a componer poemas.

De su juventud sí que sabemos mucho más. Terminado su bachillerato, se matriculó en la facultad de derecho de Granada. Por problemas, no documentados, al poco tiempo y, coincidiendo con la dictadura de Primo de Rivera, tuvo que suspender los estudios durante una temporada para reanudarlos unos años después, en 1930, con la caída del dictador. Durante estos años de no asistencia a la facultad, no dejó de estudiar por lo que, al reanudar oficialmente la carrera, se matriculó en la Facultad de Filosofía y Letras compartiendo ambos estudios. En 1936

terminó ambas carreras, pero el golpe de estado, el estallido de la guerra civil, debido al caos en el que se sumió la administración en Granada¹, impidió que pudiera obtener el título, a pesar de que ya había ingresado las tasas correspondientes.

En 1931 tuvo noticias de la creación de la Junta Liberalista de Andalucía. Parece ser que dicha información le llegó a través de un amigo de Córdoba, estudiante como él. Desconocemos su identidad, aunque se ha intentado encontrar documentación sobre su posterior pertenencia a dicha Junta, ese hecho tampoco ha podido ser documentado, pero me habló de ello e incluso que, en algún momento, conoció a Blas Infante. Esperamos

¹ En los primeros días de la sublevación de Franco, las tropas golpistas se apoderaron del centro de la ciudad, apresando al alcalde y al presidente de la Diputación Provincial. Los leales a la República se hicieron fuertes en el barrio del Albaicín. En esta situación era imposible gestionar nada en las oficinas de la Universidad.

poderlo documentar algún día, aunque el desastre ocasionado por los vencedores de la guerra en el patrimonio cultural, nos hace temer que muchos archivos del tiempo de la república fueron destruidos intencionadamente. De ese tiempo es su poema reivindicativo de la autonomía de Andalucía:

Tierra de sol, sufrida y cantaora,
tierra de luz, de ensueño y de poesía,
la tierra del dolor y la alegría
que cuando canta en sus canciones llora.

Cenicienta olvidada en el destino
que conduce a los pueblos al progreso,
que teniéndolo todo con exceso
se ha quedado parada en el camino.

Andalucía, emporio de riqueza,
tú tienes todo lo que tiene España,
la tierra, el mar, la mina, la montaña,
pese a tu Sambenito de pobreza.

Tus vegas, granadina y cordobesa,
tus campos de Jaén y de Sevilla,
no envidian ni a Levante ni a Castilla
ni a otros que tienen fama de riqueza.

Demuestra que tus tierras y tus hombres,
si llegan a gozar la autonomía,
podrán muy alto colocar tu nombre
y que nadie te explote, Andalucía.

Reina cristiana y sultana mora,
tierra de luz, de ensueño y de poesía,
la tierra del dolor y la alegría
que cuando canta, en sus canciones llora
¡Viva la tierra mía!
¡Viva y viva por siempre Andalucía!

Antero Jiménez Sánchez, como Blas Infante,
había conocido la mísera vida de los campesinos
andaluces, el injusto dismantelamiento de la
industria andaluza, el agónico estado de nuestra
economía mediatizada por los caciques andaluces. Él

pensaba que una administración cercana adaptaría su política a la idiosincrasia de nuestra tierra, por eso, su voz se alzó alta y clara para la elaboración de un estatuto para Andalucía. El 31 de enero de 1933, la «Asamblea Regional Andaluza» celebrada en Córdoba, aprueba el Proyecto de Bases para un “Estatuto de Autonomía para Andalucía”. En abril de 1936, tras el parón del “bienio negro”, la Junta Liberalista de Andalucía, el movimiento liderado por Blas Infante, reactiva el proceso impulsando una campaña bajo la denominación de «Acción Pro-Estatuto Andaluz» y llevando a cabo una campaña de difusión de las bases aprobadas en 1933. Antero Jiménez participa en esa campaña a través de su revista “Nueva Humanidad”. El 5 de julio la “Asamblea Pro Junta Regional Andaluza”, celebrada en Sevilla, (a la que parece ser que asiste Antero Jiménez, en calidad de no sabemos, si miembro,

invitado o periodista)², señalará el 27 de septiembre como fecha para aprobar el Estatuto definitivo, a ratificar mediante referéndum días después. El Golpe de Estado del 18 de julio acabaría con el proceso autonomista andaluz. Al menos, Antero Jiménez Sánchez, vivió para ver cumplido su gran anhelo. Él pudo ver la restitución de la democracia y el nacimiento de la autonomía de nuestro pueblo.

Como he dicho antes, Antero, nuestro poeta, “El poeta de Torredelcampo”, como a él le gustaba llamarse, era un activista de la cultura, por eso fundó la revista “Nueva Humanidad”³, cuya principal línea

2 En un cajón de su casa, dentro de una caja de puros utilizada para guardar algunas fotografías, entre ellas se encontró una nota que no sabemos a quién iba dirigida pero firmada por él y que decía: “Tengo que salir de viaje a Sevilla para asistir a una asamblea, hablaremos de nuestra Andalucía. No me esperéis”. Esa nota estaba fechada el día 3 de julio. Ese texto parece indicar su asistencia a la mencionada asamblea. ¿Por qué guardó esa nota?... la respuesta la encontré en la otra cara, señalaba la fecha de una de las fotografías que guardaba en esa caja.

³ No sabemos con exactitud la fecha de la fundación de la revista. Parece ser que el primer número salió en diciembre de 1932

editorial era la cultura y solamente la cultura. Desgraciadamente, todos los ejemplares fueron destruidos: Los particulares que tenían en sus manos ejemplares se deshicieron de ellos por miedo a las represalias de los franquistas y los que quedaron archivados para la historia fueron requisados por la policía del régimen y utilizados como arma de acusación contra Antero, su director y fundador. Utilizaron la cultura como sinónimo de crimen contra el régimen. Es lo propio de las dictaduras. A los dictadores no les interesa que el pueblo sea culto, porque saben que un pueblo culto no consiente sus desmanes. Cuanto más ignorante sea el pueblo, mejor para ellos, los dictadores, claro. Afortunadamente algo ha quedado de esa revista, entre sus libros encontré un recorte olvidado de la misma: se trata de un artículo de Antero Jiménez Sánchez animando a los jóvenes a la revolución que supone la cultura.

Trascribo aquí dicho artículo titulado “Otra vez El Diablo”:

«I

»Unas líneas para encomiar la brillante labor de los jóvenes de la F.U.E., paladines de la cultura revolucionaria.

»La Federación Universitaria Escolar ha emprendido un buen camino; se ha orientado perfectamente, concretamente en el inmenso programa de la revolución. El pasado domingo, en el Cervantes, pudimos apreciarlo. Tras “Nuestra Natacha” — insuperable acierto— otro más, “Otra vez El Diablo”, fue la obra que nos hizo pensar hondo, llorar de una forma nueva, con la risa en los labios.

»II

»A lo largo de la magistral producción de Casona, excelentemente representada, vimos las dos grandes tendencias revolucionarias de aquella: la tendencia irónica y la tendencia

filosófica, la que remueve los viejos moldes del sentimiento rutinario y la que derrumba la mojigatería intelectual de todo un sistema escolástico, hasta hoy conservado en nuestras Universidades.

»La ironía —no voluntaria, sino dulce y suave— se desprende de la figura de Cascabel, late en su fondo, en esa delicadeza espiritual, en esa penetración inconsciente, desdecida por las muecas de burla y por las piruetas de su oficio de burlón. De esa contradicción —sugerida— surge un sentimiento que no sabemos si es risa o es llanto, pero que es seguramente compasión y protesta, combate y lucha; pugna entre un sentimiento viejo, que cae, y un sentimiento nuevo que se levanta.

»Hay también ironía —acre ahora— en la infantina que se decepciona ante la mentira de los lobos y de los bandidos en el bosque, doble simbolismo de las creencias ñoñas, decantadas de una aristocracia que solo vive del brillo y de los afeites, de lo barroco, de lo

superficial, de lo de afuera, de lo extrínseco, y de todo cuanto signifique guardarropía y escaparate.

»La tendencia filosófica corre pareja a la ironía en la figura central de la obra, en el personaje mefistofélico, encarnación suprema del antiprejuicio, de la astucia y de la osadía, hacia la verdad, en contra del buen tono y del gratuitismo hacia la mentira y hacia lo falso. Figura representativa de la emancipación de la conciencia, encadenada con el prejuicio de todos los siglos. ¡Figura altamente revolucionaria porque marcha hacia la emancipación de la esclavitud moderna, hacia la revolución de la conciencia humana!

»III

»Magnífica obra de Alejandro Casona y esfuerzo magnífico el de los muchachos de la F.U.E., que con sus desvelos despiertan el ansia de un nuevo teatro, el teatro revolucionario.

Antero Jiménez»

Aquella revista, “Nueva Humanidad”, que fundó y dirigió, siempre fue fiel a la república, la II República, pero siempre se alejó de los extremismos que algunos, desde sus ideologías marxistas-leninistas, propugnaban. Él quería una revolución, pero puramente cultural, una revisión de las viejas creencias, y no se refería a la fe religiosa, sino a la filosofía que había encorsetado la mente y el progreso. Él decía que había otras filosofías distintas de la escolástica que podían compatibilizar con la religiosidad del pueblo sin las ataduras, primero del tomismo y después de los añadidos que durante siglos se han incorporado al cristianismo, no para dignificar al hombre, sino para someterlo. Ese era el gran problema y nunca la fe religiosa. El marxismo extremista confundía ambos extremos y esa era la causa por la que, sin razón, los extremistas, rechazaban la religión. Antero, por el contrario,

consideraba que el verdadero cristianismo es el que emana de los evangelios a los que había que volver y, partiendo de ellos, fomentar el espíritu crítico de los creyentes para compatibilizar las creencias con la modernidad. Nunca fue contra la religión, como algunos maliciosamente le acusaron, por el contrario, de aquel tiempo son algunos de sus sonetos religiosos. Solo alguien enraizado en la fe, puede dar muestra de ese amor profundo a Jesús que emana de sus bellísimos poemas religiosos.

«Cuando, Jesús divino, así os veo
clavado en esa Cruz por mis pecados,
con el rostro y el pecho ensangrentados
como el más vil y miserable reo,

en mis carnes, Jesús, sentirme creo
los clavos de tus pies amoratados,
el agudo dolor de tus costados...
y es de morir sufriendo mi deseo.

...Es tanta mi amargura, Jesús mío,
que no sabiendo cómo consolarte,
en tu piedad sin límites confío...

que mi amor no se sacia con besarte
...y en mi rendido y loco desvarío
ganas me dan, Jesús, de esclavarte».

¿De verdad alguien puede creer que quien
escribe tan bello y sentido soneto puede atentar contra
la religión?... Se puede afirmar que Dios está presente
en toda la producción literaria del poeta, y es posible
que lo encuentre a través de la belleza del paisaje que,
a fin de cuentas, es producto de su creación del
universo. Antero siente la paz del paisaje, y es esa
paz, convertida en el culmen de la belleza, la que le
hace sentir a Dios:

«...

Qué paz augusta siento
sintiendo a Dios tan cerca...
y al cielo, como Kant, sobre mi frente,

y con la ley moral en mi conciencia».

Solo a través de la cultura, en el conocimiento de diversas corrientes filosóficas, se podía llegar a esa necesaria revisión de nuestra actitud ante la vida que abarca todo el espíritu del hombre con una inequívoca vocación, primero de superación y, como consecuencia, de progreso. El golpe de estado franquista, la guerra civil, terminó con la revista, terminó con la “nueva humanidad” que Antero anhelaba.

Antero Jiménez Sánchez. sufrió cárcel y destierro, solo y exclusivamente por sus ideas, por un auténtico progresismo que hoy es completamente actual y comparten casi todas las ideologías. En sus escritos sobre derecho penal, —escritos también confiscados por la represión franquista— siempre defendió que la dignidad humana estaba por encima

de la condición penal de cualquier acusado. Creía firmemente en la posible reinserción del delincuente y pensaba que la pena, además de ser rigurosamente proporcional al delito, debería contemplar, como algo fundamental, la intencionalidad de recuperar al penado para la sociedad y que, independientemente de la finalidad de ejemplaridad, debería atemperarse para, en ningún caso, ser ni parecer una venganza de la sociedad sobre el que había delinquido. Por todo eso, para él, la pena de muerte no cumplía esos requisitos, y porque menoscaba la dignidad, estaba en contra de esa pena y propugnaba su abolición en todo el orbe. A propósito de esto, quiero contar una anécdota:

Por fin, Antero Jiménez Sánchez, después de muchos años reclamándolo inútilmente, en el año 1950 pudo lograr que le fueran reconocidos sus estudios de Derecho y obtener el título. No así el de

Filosofía y Letras, que a pesar de haber terminado la carrera no se lo reconocieron “por problemas administrativos” la excusa era que había “defectos de forma” en las convalidaciones de asignaturas cursadas en la Facultad de Derecho. De nada sirvió acudir al rectorado mostrando los certificados de convalidación, el silencio administrativo se impuso contra toda lógica. Era otra represalia más. Consintieron reconocerle el título de Derecho, pero reconocerle algo más era una “concesión” a la que no estaban dispuestos. El 29 de mayo de 1950, el Ilustre Colegio de Abogados de Jaén, reconoce su título y emite la correspondiente cartera de identidad con el número de colegiado 167. Unos días después, el 15 de junio de 1950 dice textualmente: *«Por circular del Ministerio de Gobernación de 31 de Enero de 1941, se concedió a esta cartera la validez de Salvoconducto, para circular por todo el territorio*

nacional»... puede decirse que se trata de la fecha en la que Antero recupera una parte de su libertad, porque su auténtica libertad no la alcanzaría hasta la llegada de la democracia en 1978. Conseguido el título de Derecho, enseguida intentó, repetidas veces, matricularse para opositar a Juez de Sala, intentos siempre fallidos por sus antecedentes penales. Su hijo nos cuenta:

«En aquella época yo era muy pequeño, pero parece que estoy viendo aquellas cuartillas rellenas de tinta azul que, unas veces escribía y otras las pasaba una a una durante largas horas. Mi madre me decía:

»—Anterito, no molestes a tu padre que está estudiando. Yo sin acercarme mucho a él para obedecer a mi madre, lo contemplaba y veía cómo, sentado en una silla, arropado con la falda verde de la mesa camilla, no levantaba sus ojos de aquellas cuartillas, aunque de vez en cuando estiraba su cuerpo para alcanzar

algún libro de los que tenía abiertos encima de aquella mesa. Era muy pequeño, pero aquella imagen la tengo grabada, seguramente por la curiosidad que me despertó aquella advertencia de mi madre. Seguramente, yo que no sabía qué era eso de estudiar, quise averiguarlo con esa observación continuada que se quedó, imborrable, grabada en mi memoria».

Años después, “algunos familiares” —que siempre lo consideraron la “oveja negra”, porque no pensaba como ellos— viendo la situación de extrema precariedad económica de su familia porque le habían arrebatado todo por pertenecer al bando perdedor de la guerra— pensaron que tenían que hacer algo, seguramente no por él, probablemente por sus pequeños hijos. Un día, uno de esos familiares llegó a casa y le dijo:

«—Antero, te puedes presentar a las oposiciones que tanto has deseado. Espero

que hagas un examen, al menos aceptable, para no dejarnos en ridículo».

Sé perfectamente que Antero Jiménez estuvo a punto de no aceptar ese ofrecimiento, pero el bien de su mujer y de sus hijos, estaba por encima de su orgullo, y contestó:

«—...Te aseguro que voy a hacer un gran examen, llevo mucho tiempo preparándome. No hablaron nada más y ese familiar, cuando iba a salir por la puerta dijo:

»—Adiós, ya te puedes considerar juez».

Efectivamente, aquellos familiares utilizaron todas sus influencias, que eran muchas; tantas que, cuando terminó el examen escrito, un miembro del tribunal lo llamó a solas y le dijo que podía repetir tranquilamente el examen en su casa haciendo cuantas consultas necesitase, que no tenía que darse prisa que, cuando lo terminara, discretamente se lo

llevara a la dirección que le dio. Antero le dijo que el examen que había hecho no lo podría superar de ninguna manera y que, por lo tanto, estaba seguro de él. A los pocos días, la brigada político social fue a detenerlo. Una nueva condena sumarísima y de nuevo la cárcel. ¡Qué había pasado!... Antero, fiel a sus ideas, en el examen hizo una defensa a ultranza de la abolición de la pena de muerte. Seguramente no midió las consecuencias. Él siempre fue un hombre confiado en la honorabilidad del resto de los hombres, en la lógica aplastante de sus razonamientos, pero, a pesar de que hacía muy poco tiempo que había terminado su destierro, aún creía en el ser humano, no asumió que vivía en una dictadura y que la vocación del dictador es perpetuarse en el poder y para ello no podía consentir “veleidades de ninguna clase” que pudieran ser gérmenes de menoscabo de “su autoridad”. En aquellos tiempos, la pena de muerte

era utilizada por el régimen para “limpiar a España de las hordas rojas”. Antero siempre fue un idealista y, me consta, que sus hijos se sienten orgullosos de su defensa de sus ideales, pero, él, tal vez, aún era “demasiado joven”, (la juventud del idealista se prolonga mientras dura ese idealismo), como para sopesar las consecuencias que ese idealismo podía acarrear para su familia. Por aquel tiempo, su familia estaba en Cambil, allí destinaron como maestra a su querida y sufrida esposa Inés Antonio Colombo, pero él no estaba con ellos. La madre no quiso decir la verdad a los hijos y les decía que “papá tenía que ocuparse de muchas cosas en Torredelcampo”.

«Afortunadamente, aquella condena fue corta y pronto mi padre vino con nosotros a Cambil.

—Nos cuenta uno de sus hijos.»

Se enamoró de aquel bello pueblo serrano. De aquel tiempo es su soneto a Cambil:

«Como nido de águilas caído
entre peñas que, bravas, lo rodean
está Cambil, la pintoresca aldea
al pie del Almadén, como dormido.

Un paisaje agreste y escondido
de montaraz belleza lo corea
y la huerta, vergel enflorado,
lo fecunda, lo enriquece y hermosea.

...Cuando en las tardes lentas del estío
se va dejando el sol tras la bravura
de la Pandera, en sombra el caserío,

parece que Cambil se transfigura...
y que bajo sus puentes llora el río
la idílica canción de su hermosura».

«Aquel tiempo en Cambil, a partir de la
llegada de mi padre, fue quizás uno de los
tiempos más felices de mi infancia, —nos
sigue contando su hijo—, a pesar de mi
enorme timidez producida por las
circunstancias que me rodearon. Llegué a ese

pueblo con unos siete años y, al principio, me sentí extraño, los niños de mi edad se reían de mi porque era distinto a ellos, hablaba de forma tan distinta..., procedía de Torredelcampo y seseaba. Antes nunca tuve que enfrentarme a la violencia de otros niños, pero allí, el fenómeno extraño para los chicos de mi edad, la desató contra mí. Es muy normal que se ejerza violencia contra el diferente. Eso lo he aprendido en mis estudios de psicología —nos dice— y, nunca podré olvidarlo, mi hermana, dos años mayor que yo, era la que siempre salía a defenderme. Bueno, pero yo no quiero hablar de mí, no es lo que trato de hacer, sino recordar cuanto viví en aquellos tiempos con mi padre. Sí, seguramente, aquel tiempo fue uno de los más felices de mi familia. Allí nadie nos señalaba con el dedo, allí nadie sabía que éramos la familia del “rojo” que había estado en la cárcel. Allí no éramos la familia despreciada de nadie, allí nadie nos miraba por encima del hombro. Allí, a pesar de nuestra precariedad económica con el encogido sueldo de una

maestra, éramos felices. Mi padre empezó a trabajar en la botica de la familia, pero de vez en cuando venía a Cambil y..., cómo disfrutábamos con él. ¡Qué padrazo era mi padre! Lo recuerdo perfectamente, parece que lo estoy viendo, se sentaba en el suelo con nosotros, con mi hermano y conmigo a jugar a las bolas o a los platetes⁴. Pero claro, mi hermano aún era muy pequeño y siempre perdía. Aún me suenan en el oído sus palabras y la risa de mi padre: “¡Ea, pues me lo das!” Él no podía entender qué era perder y ese “ea” era su forma de reclamarnos llorando su apreciada posesión que en el transcurso del juego le habíamos quitado. Mi padre se reía, le hacía mucha gracia ese cansino “¡Ea, pues me lo das!”, y pronto él le devolvía sus ganancias y a mi me pedía que hiciera lo mismo. Entonces mi hermano callaba. Cuento estas anécdotas por mostrar, aunque sea de forma muy circunstancial, la otra cara de mi

⁴ Los tapones de las gaseosas y de las cervezas que los niños coleccionábamos yendo a los bares a recogerlos o ganándoselos a otros niños.

padre. A su modo, muy poco hablador, era un padre muy cariñoso. Nunca recuerdo en él carantoña alguna; si no es su caricia predilecta que consistía en, con el dedo índice replegado, apretarnos suavemente en el carrillo para decirnos algunas palabras cariñosas; pero estoy seguro de que su cariño nos llegaba a raudales, porque dentro de su mutismo rezumaba ternura por todos los poros de su piel. Mi padre era un hombre poco hablador, siempre replegado en sí mismo, introvertido. Su forma de expresar su cariño era con la acción, poniéndose a nuestro nivel y llamándonos de la manera que él nos sentía en cada momento».

También en esa intimidad de su hogar era poeta porque, intuitivamente, su lenguaje encontraba la faceta bella de todo cuanto le rodeaba; por ejemplo, a lo que nosotros le llamamos el aseo, o el váter —¡que palabra tan horriblemente fea!—, él le llamaba el “pequeño”, hacía alusión a la intimidad, al lugar más

íntimo de la casa, el habitáculo más pequeño; al lugar donde nos quedamos en la máxima intimidad acompañados solo de nuestros pensamientos... era su forma poética de ver el mundo. Su Anterito era su discípulo en quien derramaba todo su saber, era su único confidente, el que solo podía escuchar, porque aún era pequeño y, en aquellos momentos, nada podía responder, tan solo asentir y sentir orgullo y admiración por el hombre que le hablaba de sus cuitas o de las estrellas, del fantástico mundo microscópico..., de todo lo que venía al caso.

«Yo, en aquel entonces, —sigue contándonos su hijo— apenas entendía nada, pero mi imaginación construía imágenes de todo cuanto me decía, de sus sufrimientos que soportaba callado o de aquellos fantásticos mundos de estrella o de diminutos seres que no podíamos ver, pero que convivían con nosotros. Un día, yo ya era algo más mayor, me encontré a mi padre solo y muy triste y con

una lágrima que no quiso disimular en mi presencia. Como era natural, le pregunté que qué le pasaba. Él me miró y me dijo:

»—Siéntate aquí a mi lado —y continuó— mira, Anterito, yo tengo mi forma de pensar y por mucho que se empeñen en que renuncie a mis convicciones nunca lo lograrán, porque sé que tengo razón. Me han castigado por no renunciar a mis ideas, pero es que si renunciara sería como renunciar a mi mismo y eso no debemos hacerlo porque supone traicionarnos y traicionar a todo lo que hemos vivido y por lo que hemos vivido. —En ese momento hizo una pausa que aproveché para preguntarle.

»—Pero papá, creo entender lo que dices, pero ¿qué pasa?, ¿a qué te quieren obligar?

»—Hace unos días, estaba en la Peña y se acercó a mi “uno”⁵ y me dijo:

⁵ Él dijo su nombre, nombre que tengo grabado en mi memoria, pero que nunca revelaré para cumplir la promesa que le hice a mi padre. A pesar de todo, sé que mi padre nunca lo odió. Yo,

—Antero, sabes que el ayuntamiento quiere hacer una celebración solemne de la inauguración de la calle Avenida del 18 de julio.

—Sí, algo de eso he oído, pero ese día ya tengo programado irme a “Casa Tejá” para aprovechar la luna llena y cazar en el Cerrillo de los Conejos, —le dije.

—Pues me temo, Antero, —me contestó— que tendrás que ir otro día, porque este 18 de Julio hemos pensado que, en la inauguración de tu calle, seas tú quien dé el discurso alabando el alzamiento nacional que es lo que conmemora esa fecha.

»—Quedé horrorizado con esa propuesta, a la que tuve que contestar que no contaran conmigo para tal cosa. En ese momento me dijo.

tampoco lo odié, pero cada vez que me cruzaba con él, la sangre me hervía en mi cuerpo.

—Tienes hijos e imagino que querrás lo mejor para ellos —y continuó— seguro que quieres lo mejor para ellos. Ya sabes que por las buenas no nos metemos con nadie, pero por las malas... ¿Crees que tus hijos podrán ir a la Universidad?... probablemente habrá alguien que no lo consienta ¿Eso es lo que quieres para tus hijos, que sean unos desgraciados como tú?... Antero, yo no te digo nada más, tú eres libre, puedes hacer lo que quieras, pero piensa en ellos».

Entendió perfectamente cuál era el enorme sufrimiento de su padre, tenía que elegir entre sus convicciones o el amor a sus hijos. Él hizo lo que cualquier padre habría hecho, su experiencia le enseñaba que el régimen no amenazaba en vano, de modo que sufrió esa terrible humillación. Por eso se escapaban esos lagrimones de sus ojos y, el mismo día de su mayor humillación, volvieron a escaparse de su llanto contenido. Le dijo a su hijo que no le

dijera nada a nadie de lo que le contó y menos a su madre, que ya había sufrido, incluso más que él, y que le diría: “me han pedido que diga un discurso y me ha parecido muy conveniente hacerlo”.

«Sé que mi madre lo aceptó, pero también sé que ella, que lo conocía muy bien, supuso todo lo que había detrás de ese discurso y de aquella inauguración. Pero calló y no dijo nada».

Su Pipe era su musa y era su lazarillo en su invalidez. Como en Platero, su admirado Juan Ramón Jiménez, confiaba plenamente en él y sabía que jamás le fallaría. Era su inspiración y por eso lo hizo el protagonista de sus poemas en prosa a los que tituló, en homenaje al poeta de Moguer, con un título paralelo a “Platero y Yo”, “El Pipe y Yo”, que terminan con “el fin de la vida literaria del Pipe”. No sé si ese final es un auténtico final de esa obra, pienso que no, porque el poeta hizo al Pipe y ese Pipe no

abandonó el campo nunca, abandonó la escopeta que, como a él, no le servía para nada y se dedicó a escrutar entre esas florecillas silvestres, arropadas de ropas verdes y entre luces de primavera, las escondidas setas del campo, esas que dan vida a los duendes y son imágenes de otro reino de seres vivos. Antero Jiménez Sánchez, no terminó ahí su obra porque hizo que sus hijos fueran poetas, cada uno a su modo. Su obra continúa.

Felipe, el Pipe, era sus pies y sus brazos y no lo hacía forzado por obediencia debida al padre, lo hacía por amor y porque compartía con él su gusto por el campo y por el placer de ver a los animales volar, o corretear por entre los matorrales o junto a los arroyos. Y, como acabo de decir, más arriba, cuando fue mayor ha seguido manteniendo ese impulsivo placer de ir al campo, pero no a caza porque, en realidad, Antero Jiménez Sánchez, no cazaba con

escopeta, sino con sus ojos y con todos sus sentidos. Si para Antero, el ir a cazar era la excusa para ir al campo, para Felipe lo han sido las setas y con tanto entusiasmo que hoy es una autoridad en ese terreno. Sus estudios y publicaciones así lo acreditan.

El activismo cultural de Antero Jiménez Sánchez es una constante durante toda su vida. Un día, el joven Antero piensa que hay que hacer algo para mover al pueblo, para sacarlo de la rutina diaria del duro trabajo de aquellos tiempos. Había que aglutinar a los jóvenes en torno a algo. Durante muchos días, esa idea rondó en su cabeza y así se la comunicó a su primo Fermín. Juntos y con otros amigos más, decidieron crear una especie de club cultural y al mismo tiempo recreativo. Así nació “La Peña”. Cada uno de los fundadores puso lo que pudo, pero como mínimo una silla y un libro. Tal vez ellos, los fundadores, eran la joven élite cultural de nuestro

pueblo, pero sus pretensiones desde aquel primer instante era que no fuera un club elitista sino abierto a todo el pueblo. Un club en el que encontrarían su lugar de esparcimiento y formación, al mismo tiempo. Allí empezó la primera academia del poeta, totalmente gratuita para quien no pudiera pagarla. Allí empezó la primera biblioteca pública del pueblo, con la aportación inicial de los fundadores, más los fondos bibliográficos que se fueron añadiendo posteriormente, Antero decidió llevarse una parte importante de libros de su propiedad. Así, y con gran humildad, describe en un artículo cómo se fundó La Peña:

«El origen de “LA PEÑA” de Torredelcampo

»Para ilustrar a muchos socios, que por ser jóvenes o por haberse incorporado a “La Peña” muchos años después de su fundación, sobre el origen de este Círculo, voy a escribir unas palabras por si pueden servir de estímulo

y acicate a los que componen actualmente esta sociedad. Nace “La Peña” en un minúsculo cuartito, íntimo y recoleto, en casa de Rafael Jiménez, más conocido como Rafael Mazantini y fue fundada por siete u ocho socios, algunos ya desgraciadamente difuntos: Fermín Jiménez Quesada, estudiante de Medicina, Manuel y Alfredo Ladrón de Guevara, estudiante de Farmacia el primero, Rafael Jiménez, dueño del edificio, Francisco Jiménez Cazalilla, alcalde que fue muchos años de Torredelcampo, Francisco Zafra, Inspector de Policía, Antonio Quesada Jiménez y Antero Jiménez Sánchez, ambos estudiantes de Derecho.

»Los socios fueron pocos, el local pequeño, pero el espíritu fuerte y levantado. Llevamos cada uno una silla y un libro; bello símbolo de sosiego y cultura. Rafael nos servía café desde su bar, y él, más viejo, nos atendía como un padre, Allí, en aquel ambiente remansado, leíamos, charlábamos, organizábamos pequeñas excursiones campestres,

recitábamos poesías, y más tarde llegamos a dar conferencias. No recuerdo en estos momentos más que la mía sobre el Poema del Cid, y de otro socio que ingresó después, sobre pintura.

»Luego “La Peña” sufrió varias vicisitudes, trasladándose a varios locales, aumentando el número de socios, pero perdiendo, cada vez más, su carácter cultural, hasta instalarse en la plaza, en su bello y hasta suntuoso edificio, magnífica obra de la junta presidida por el activo e inteligente Eliche, que con su propio esfuerzo la construyeron.

»Siempre que entro a “La Peña” pienso en Cervantes: “Los nidos de antaño no tienen pájaros hogaño”, pero parece ser que ese primitivo afán de cultura se va a realizar gracias a la joven y dinámica directiva actual, por quien escribo estas cuartillas.

»Ojalá que así sea, yo, aunque ya viejo, tengo el espíritu joven para esos afanes y aquí hay un buen plantel de muchachos, a los que

habría que darles solo el impulso. Estoy con ellos.

Antero Jiménez»

Pero el origen de este club es más remoto aún. Si la idea de “hacer algo para mover al pueblo” fue la idea generadora, el germen es la rebotica⁶ de la farmacia del padre de nuestro poeta. Así nos lo cuenta, en su nostalgia de aquellos tiempos, uno de los fundadores, Antonio Quesada Jiménez, en aquellos pretéritos tiempos, estudiante de Derecho como Antero. Lo cuenta en una larga carta remitida al poeta muchos años después. Más que contar, se lamenta en el recuerdo de aquellos días de una juventud que ya nunca volverían. Dice dirigiéndose a su amigo de siempre:

⁶ Rebotica es una palabra hoy poco usada. Es la trastienda de una botica, de una farmacia. El padre de nuestro poeta era farmacéutico. Se refiere a la amplia rebotica de aquella farmacia, en la que organizaban largas tertulias.

«...

»¡Qué no darías —daríamos— por encontrarnos en aquella rebotica con el primo Fermín, con Alfredo, con Lupiañez y con Manolo Ladrón preparándonos aquellos mejunjes que tan bien nos sabían! ¡O en aquellas incómodas sillas —llevadas por nosotros— a casa de Rafalillo Mazantini, origen de “La Peña”, discutiendo muchas veces, sin base, ¡de lo divino y lo humano! ¡O sentados en la carretera en puerta de la antigua casa de Lorenzo, segunda de “La Peña” y no puedo remediar la exclamación ¡Qué lástima de Peña!»

Como puede leerse, el párrafo termina en un gran lamento por en lo que se había convertido “La Peña”. Y es que, con el tiempo, años después, lo que al principio fue un club totalmente abierto, fue cerrándose y convirtiéndose en casi elitista. Aquello no le gustó a Antero. —Ni a casi ninguno de los fundadores ya que era contrario al espíritu

fundacional— Aquello impedía que mucha gente, sin posibilidad de hacerse socio, pudiera acceder a la biblioteca, ni a tertulias —cada vez menos frecuentes, por no decir desaparecidas—. Antero, retiró sus libros y los trasladó al bar Moyuelo, frente a los caños, en el lugar en el que se encuentra actualmente el mercado. Allí había un cine, propiedad del Sr. Mata y un bar. Antero Jiménez se encargó del cine y aprovechó para, desde allí, hacer la función de bibliotecario. Esos mismos fondos bibliográficos, propiedad de Antero Jiménez Sánchez, fueron los que se utilizaron para poder abrir, posteriormente, cuando se cerró el bar Moyuelo, en 1953, una biblioteca en el ayuntamiento, con la promesa del alcalde de convertirla en “Biblioteca Municipal”. Hasta 1955, no se funda oficialmente la Biblioteca Pública de Torredelcampo en combinación con el Centro Provincial de Coordinación de Bibliotecas, lo que

supuso un gran paso ya que, a partir de ese momento se empezaron a recibir libros procedentes de ese centro provincial. Pero aún tuvieron que pasar cuatro años de cansina insistencia de su bibliotecario, Antero Jiménez Sánchez, ante el coordinador provincial, para recibir el prometido lote fundacional de libros, mil quinientos volúmenes. Ese año, 1959 se da el paso definitivo y la biblioteca alcanza un fondo bibliográfico de tres mil volúmenes, que la convierte en una de las bibliotecas más importantes de la provincia de Jaén. En 1961, la Biblioteca Pública Municipal de Torredelcampo recibe el premio de la Dirección Nacional de Bibliotecas reconociendo “su marcha extraordinaria y su magnífico desarrollo”. Así se acredita en el artículo de Juan Chica Moral publicado en el Diario Jaén el día 18 de junio de 1961. Todos estos logros debidos, indudablemente, a la

dedicación y la incansable labor de Antero Jiménez.

A continuación, transcribo el citado artículo:

«Domingo 18 de junio de 1961 – La Biblioteca Municipal de Torredelcampo – Torredelcampo.- A los seis años de perfecto e ininterrumpido funcionamiento de nuestra Biblioteca municipal, a la que últimamente le fue concedido un premio por la Dirección Nacional de Bibliotecas, como reconocida prueba de su marcha extraordinaria y de su magnífico desarrollo, nos vemos obligados a resaltar la labor del encargado de dicho centro cultural y recreativo que el Ayuntamiento, graciosamente, pone al alcance de todos,

»En el salón destinado a estos fines, encontramos a nuestro bueno y querido amigo, don Antero Jiménez Sánchez, abogado, poeta, profesor y “traga libros”, quien como persona mejor indicada, bibliotecario, nos informará, cosa que hace en el silencio conventual de la sala de lecturas, y lo hace, solícito.

»—¿Existencias de la biblioteca?

»—Unos 3000 volúmenes poco más o menos, pues gracias a la actividad incansable del señor Lamana, jefe provincial y al amor al

libro de nuestro alcalde M. Sánchez López, la biblioteca se va incrementando a paso agigantado. Hace dos años que recibimos el lote fundacional de 1500 volúmenes y, con frecuencia lotes del centro coordinador provincial.

»—¿Materias?

»—Pues si consultas el fichero, puedes ver que hay de todo. Ninguna rama del pensamiento humano deja de estar representada en la biblioteca, aunque predomina, claro está, la literatura, ya que esta es una biblioteca eminentemente popular, aunque se consultan también obras de carácter didáctico y formativo con bastante frecuencia.

»—¿Qué lectores predominan?

»—Muchos días, los niños de ambos sexos, se igualan en número a los adultos. Esos chicos de 12 a 18 años, devoran pronto toda la literatura infantil pero al gran número de volúmenes de este carácter tenemos las mejores colecciones de la literatura universal.

»—¿Meses de más lectura?

»—Los de vacaciones, pero de los estudiantes.

»—¿Número de carnet?

»—Unos ciento cuarenta sin contar los gratuitos al personal del Ayuntamiento. El carnet vale cinco pesetas con vigencia de un año, y estos fondos los dedico a pequeños gastos de la biblioteca: Fichas, papel, correspondencia, plumas, etcétera.

»—Efectivamente. El salón de lectura puede agrandarse pero hay un proyecto, ya aprobado, de construir el Ayuntamiento de nueva planta y, cuando esto se realice, la biblioteca no tendrá que envidiar nada a ninguna de su categoría.

»—¿Trabajo?

»—No puedo estar parado. Además de las fichas hay que refundir el antiguo fichero en el nuevo, por materias y por autores, catalogar y clasificar por el sistema decimal. A veces cada libro tiene media hora de trabajo y hay algunos que hay que leerlos para llevar su ficha bibliográfica a su justo lugar.

»—Nada más y gracias por tu exacta información,

»Dejo a mi amigo Antero en su labor callada y anónima con la esperanza de que en breve se vean cumplidos y satisfechos sus deseos. Un rayo de sol bajo se filtra por los ventanales y empolva el oro puro los anaqueles y los

*tejuelos de los libros que, en la hora indecisa
del rosado atardecer, parece como si soñaran
no sé qué idilios maravillosos.*

Juan Chica Moral»

En 1967, Antero Jiménez Sánchez recibe la tarjeta de “**Socio Numerario**” de la *Asociación Nacional de Bibliotecarios, Archiveros y Arqueólogos*. Antero Jiménez es el bibliotecario de Torredelcampo hasta su jubilación. Su actividad cultural no cesa en ningún momento. Me han contado muchos paisanos su celo en la conservación de los libros y su dedicación ayudando, en ocasiones, aunque no se lo pidieran:

«Yo era bastante joven y me gustaba leer y por eso acudía con frecuencia a la biblioteca del pueblo. Allí estaba don Antero sentado en una pequeña mesa camilla rodeado de libros por todas partes. Levantaba sus ojos por encima de sus redondas gafas, me miraba, luego alargaba su brazo para recogerme el

libro que devolvía. Lo examinaba por todos los lados para ver si había sufrido algún deterioro. Por la cuenta que nos traía, cuidábamos los libros que sacábamos de la biblioteca pues sabíamos que cualquier deterioro, por pequeño que fuera, nos costaría una regañina, generalmente cariñosa, pero regañina al cabo. Después comentábamos el libro, yo le exponía mi opinión y él solía darme una charla sobre su contenido y su autor ¡Cuánto sabía de literatura! Después siempre me aconsejaba sobre qué libro llevarme».

El afán cultural y su labor en este sentido marcan, como he dicho anteriormente toda su actividad, tanto en sus discursos, aquellos de los que no nos ha quedado reseña alguna, como los que se publican en este libro⁷, sus artículos en periódicos y revistas. No

⁷ Aquellos que hemos podido recopilar. Fueron muchísimas sus intervenciones oratorias en diversos ámbitos y acontecimientos, pero por lo general nunca escribía sus discursos sino simplemente algunas notas que le servían de guía. Estos pocos

hay actividad cultural en la que no participe, y en muchas de ellas activamente en su organización. Afortunadamente, aunque no en todos los casos, nos han quedado documentos que nos hablan de esa participación, son esos discursos escritos, artículos de prensa que nos dan noticia de semanas culturales, de exposiciones de pintura, de homenajes, de lecciones de historia. Podríamos considerar dos fases, dos tiempos muy distintos en la actividad cultural de Antero Jiménez Sánchez: En la primera de esas fases, en los años anteriores al golpe de estado del dictador Franco, su dedicación cultural es frenética y se centra en su revista “Nueva Humanidad”. Se convierte en fiel portavoz del espíritu cultural de la II República. Considera, en su línea editorial, la necesidad de transmitir la cultura al pueblo, pero para ello urge,

discursos que se transcriben en este libro son la excepción y no sabemos por qué, en estos casos, los escribió.

como primera medida, la alfabetización de una población cuya única preocupación es el poder sobrevivir con los jornales míseros, cuando los había. Por eso, reclama a los gobiernos de la república “no desmayar, en su política prioritaria en materia de enseñanza, en la creación de más y más escuelas, sobre todo en las zonas más deprimidas”⁸. La gran obsesión de Antero es poder llevar los libros al alcance de todos, por eso urge la creación de bibliotecas en los pueblos. Antero piensa que solo el conocimiento y la cultura pueden salvar al pueblo deprimido. Por eso, la base de su revolución cultural debe empezar por esa necesaria alfabetización, al mismo tiempo que insta a los jóvenes a participar en los actos culturales que se organicen, teatro, lecturas compartidas, lecturas teatralizadas, ejercicio de

⁸ En los cuatro primeros años de la II República se crearon veintisiete mil escuelas de primaria.

debates literarios para fomentar su espíritu crítico... esa era la forma de ir llegando a la utopía de esa “nueva humanidad” que él propugnaba y que daba título a su revista.

La segunda fase de la actividad cultural de Antero Jiménez se produce tras su regreso a la “libertad vigilada”. Si se hubieran conservado todas sus publicaciones en prensa, si hubiera escrito todos sus discursos, podríamos percatarnos de que, en él, a pesar de la represión franquista, subyacen las mismas ideas que alimentaron su juventud. No puede hablar de “revolución”, esa palabra es tabú para el régimen, pero en sus publicaciones en el periódico “Jaén”, en la revista “Advinge” en “Paisaje” en antologías y en discursos, algunos espontáneos y otros preparados tras ser invitado a tal o cual evento, su obsesión es llevar la cultura a todos. Por esa razón, no tiene ningún inconveniente en participar en cuantos

eventos suponen un acto de reafirmación cultural. Reproduciré algunos artículos o parte de ellos, propios o ajenos que señalan directamente esta participación de Antero Jiménez:

«Exposición de pintura en Torredelcampo .- La señora Cobo de Guzmán ha conseguido un excelente éxito de público y venta.

»... Sin propósito crítico, pláceme hacer una ligera semblanza de los cuadros expuestos agrupados en autorretratos, bodegones, parajes y copias...

»...

... Antero Jiménez»

En este artículo, cuya fecha desconocemos, puesto que solo existe el recorte de prensa pero sin que figure datación alguna, de modo que tampoco sabemos si pertenece a la primera o a la segunda fase de su actividad cultural, Antero, aunque dice no

pretenderlo, hace una ligera crítica de cada uno de los cuadros de la exposición.

La llegada de Pinito del Oro a Torredelcampo, con el Circo Price, supuso un gran acontecimiento para aquella época. Antero Jiménez estuvo allí. Posteriormente, Pinito publicó sus memorias que en parte recogió la revista “Semana”. Pinito del Oro cuenta la intervención de Antero en aquel acontecimiento:

«...

»Tardé varios meses en estar completamente normal de la vista. Volví a trabajar pronto en mi trapecio, aunque, por consejo médico, suprimiendo el equilibrio de cabeza.

»El día que, estando completamente restablecida, comencé este ejercicio, un señor espontáneo saltó a la pista, y tomando el micrófono en sus manos habló de mí, de la impresión que le había causado mi trabajo,

leyendo a continuación ante el público una poesía que me acababa de escribir y que titulaba: “Romance a Pinito del Oro”. Su autor se llamaba Antero Jiménez. Yo me emocioné cuando, volando, oía esta poesía con una música baja de fondo:

El ruedo espera a "Pinito"
del Oro, con impaciencia...
y una ovación delirante,
redonda y cerrada, atruena
todo el circo enardecido
saludando su presencia.
Escultural y triunfante,
mayestática y serena,
en el centro de la pista
parece una diosa griega.
...Y se despoja del manto...
mira el trapecio, que espera
-patíbulo de la fama-
las serpientes de sus piernas.
La diosa de vida y muerte
sube la escala risueña
para agotar el trapecio

en alardes de destreza,
para sentarse en la barra
y, arrojando sus peinetas,
hacer honor a su nombre
de pies y de manos suelta.

...Tras los focos brillantes.
vuelan mariposas negras...
y hay escozores de muerte...
y temblores de impaciencia...
respiración contenida...
miradas que se descuelgan
de las barras del trapecio
y se hunden en la tierra...
"Pinito" baja radiante
de soberana belleza
mientras la música rompe
el metal de sus trompetas.
¡Y las manos son tambores
que saludan a la reina!

»De esta manera fui recibiendo pequeños
primeros homenajes de admiración.

...»

« Memorias de Pinito del Oro, de la revista
Semana 1969»

En esta época, como no tiene una revista propia, —el Torquemada de la cultura, el franquismo inquisidor, ha acabado con ella—, sus publicaciones en pos de la cultura las hace, fundamentalmente, a través del periódico “JAÉN”, que le sirve de vehículo para poder continuar con su vocación, más allá de los límites de su pueblo, por esta razón hay tantísimas publicaciones suyas en este diario. Hemos conservado muchas de ellas en recortes de ese periódico y, seguro que los archivos de ese diario conservarán muchas más. Antero Jiménez utiliza este medio y en él publica muchos de sus poemas, sus semblanzas y, como no, sus críticas, siempre positivas, con la esperanza de que sirvan de ánimo a jóvenes escritores:

«Carmen Bermúdez “Sentada a la puerta”.

»Hace mucho tiempo, que no había yo leído en los periódicos una crónica de sucesos diarios animada de un soplo lírico, de un hálito de poesía y de ternura, como si el periodismo estuviera completamente desmaridado del sentimiento poético.

»El diario “JAÉN” nos trae todos los días, esa crónica, sencilla y bella, que con el título de “Sentada a la puerta”, escribe Carmen Bermúdez.

»No conozco personalmente a Carmen Bermúdez, pero leo con fruición sus croniquillas, que son breves y aladas, optimistas y sensibilizadas como una flor, un pájaro o el soplo del aire fresco de la mañana. Carmen Bermúdez ve en todo la poesía y la ternura. El suceso trivial lo transfigura y ennoblece, envolviendo la realidad cotidiana y vulgar en un velo tenue de lírica vaguedad que recuerda el tono intimista y melancólico de Juan Ramón Jiménez.

»No conozco personalmente a Carmen Bermúdez, pero esta joven escritora ha ganado mi simpatía con esas croniquillas a las que hasta ha sabido poner un título sugestivo, sencillo y fresco como una flor, un pájaro... bello como su propio corazón.- ANTERO JIMÉNEZ»

La historia forma parte de su gran interés, por eso son varios los discursos sobre esta materia, seguramente hubo otros anteriores, pero el más antiguo que se conoce es su conferencia sobre el Poema del Cid, poesía, leyenda e historia pronunciado en la “Peña”, o la lección inaugural de un curso 1957-58. El “Jaén” se hace eco de este acontecimiento:

«... explicando a continuación la primera lección del curso el profesor de Letras don Bartolomé Antero Jiménez Sánchez (sí, también se llamaba Bartolomé), sobre el tema **“El león de Numidia pone en peligro en dos**

ocasiones la civilización occidental”.

Conferencia con sobria y elegante palabra puso de manifiesto que las pequeñas causas pueden a veces influir poderosamente en los grandes momentos estelares de la Historia. Para ello hace un estudio comparativo entre Cartago y la España árabe de los Almorávides y demuestra cómo la muerte de Himilce, esposa de Aníbal, salva a Roma y la del primogénito Yusef-Ben Taxfin salva a la España Cristiana.

»El conferenciante fue largamente aplaudido y felicitado por todos los asistentes»⁹

O su publicación sobre el «Origen histórico de Torredelcampo», publicado en el periódico Jaén, probablemente¹⁰. Transcribo solo trozos (por ser muy largo) de este artículo:

⁹ Este discurso se transcribe íntegramente en la sección discursos, en este mismo libro

¹⁰ Tenemos el recorte de un periódico con este contenido, pero desconocemos de qué periódico se trata, ni la fecha, lo cual no carece de importancia. Es muy posible que se trate del Periódico Jaén.

«El origen de Torredelcampo puede ser el mismo de Torredonjimeno, Martos y Jamilena. Seguramente formó parte de las “Colonias gemelas” de las que habla el P. Barco, con el nombre de Ossaria Vitoxiria. ...»

En los siguientes párrafos habla del desaparecido castillo de «La Floresta», que probablemente pudo catalizar, en época musulmana, a su alrededor la formación de una población. De paso nos habla de la existencia de otros castillos en el término municipal:

«...

»Existen en Torredelcampo otros castillos como son La Torre de Olvidá., La Aldehuela, La Torre de Hernán Pérez y el castillo de El Berrueco, que merece ser reconstruido por su impresionante belleza...»

Habla también de la muralla ciclópea, de la necrópolis del cerro «Miguelico» y de la aparición de un idolillo de marfil:

»... y en estos alrededores fue descubierto un idolillo en el que algunos han querido ver un parentesco egipcio, ...»¹¹

Continúa el artículo contando que a Torredelcampo se le otorgó privilegio de Villa en carta firmada en Aranjuez por el rey Carlos IV el día 10 de junio de 1804:

«... entonces tenía Torredelcampo setecientos treinta y un vecinos... Que para conseguir el privilegio se tuvieron que pagar siete mil quinientos maravedíes de vellón por cada vecino... Que los comisionados, que salieron de Madrid el 14 de junio y llegaron a Torredelcampo en la mañana del 20,

¹¹ Se creyó de origen fenicio, pero posteriormente, en 1964, Blanco Freijeiro se refiere a él en una publicación, incluyendo una fotografía, y lo fecha en la Edad del Cobre. Al parecer, en su traslado del Instituto de Estudios Giennenses al entonces nuevo Museo Provincial de Jaén, desapareció para siempre, porque nunca más se llegó a saber de él ni de su paradero. Esta indignante e inexplicable negligencia nos privó para siempre a las siguientes generaciones de su disfrute, examen, contemplación y recreación. Una figurilla, ejemplar tan escaso y valioso cultural e históricamente, que se había conservado durante más de 4.500 años junto a los restos de sus coetáneos en las entrañas del cerro Miguelico.

convocaron a Concejo abierto de vecinos y en aquel histórico día fueron elegidos los alcaldes ordinarios ... —el artículo continúa nombrando a dichos elegidos, cita las “industrias existentes, así como el número de tiendas y tabernas— ... Que se fijó una argolla de hierro en la plaza pública, una horca con cuchilla en la ermita de San Sebastián, y la picota en la ermita de San Marcos... — continúa el artículo citando las calles que existían en aquel entonces y termina diciendo—: ... terminado el padrón, se efectuó el deslinde del término municipal. Antero Jiménez»

Hay recortes de otras publicaciones de Antero Jiménez Sánchez en prensa que se refieren a su actividad cultural, pero el traerlas aquí supera el marco de esta biografía del Poeta de Torredelcampo.

Antero Jiménez es nombrado profesor del instituto Laboral de Torredonjimeno, Centro de Enseñanza Media y Profesional Santo Reino, el día

30 de enero de 1956, fecha en la que se incorpora a dicha plaza como profesor auxiliar de Letras. Durante años y hasta su jubilación en 1976, impartirá en el citado centro las asignaturas de Lengua y Literatura y las de Geografía e Historia. Son muchos los testimonios de su paso y dedicación a ese centro; son muchos sus antiguos alumnos que lo recuerdan como un gran profesor que se deleita contando los avatares de la Historia, pero, lo que más le interesaba a este profesor, más que los hechos en sí, son las causas y sus consecuencias; para aquellos momentos, un gran salto cualitativo en la forma de enfocar el estudio de la historia. Antero está viviendo una nueva etapa, el joven profesor de academias y de clases particulares, porque el régimen no le deja ninguna otra opción, ya, en los albores de la tardía madurez, con cincuenta años, “sienta cátedra” en el pueblo vecino, al que llega a amar casi como al suyo propio. Disfruta

paseando por su parque, sentándose a la sombra de sus glorietas y contemplando esa naturaleza creada en cada planta de ese bello recinto. De esta época son todos sus escritos sobre Torredonjimeno, sobre su parque y sus flores. Aquel lugar le inspira bellos poemas que los tosirianos nunca olvidarán y de ello se ha encargado Manuel Fernández Espinosa, que, a cuatro columnas y ocupando una página y media, publica un artículo, el 18 de mayo de 2004, dedicado exclusivamente al recuerdo del “viejo profesor Antero Jiménez. Lo titula «Memorias de Torredonjimeno: Antero Jiménez. el poeta de lo cercano» y con una entrada destacada:

«Antero Jiménez ha sido un viejo profesor del Instituto “Santo Reino”. Nacido en la localidad vecina de Torredelcampo, Antero ocupa un lugar privilegiado en la historia por sus grandes dotes de poeta y por el

reconocimiento que todos los vecinos han hecho de su larga trayectoria artística».

Fernández Espinosa, empieza su artículo dedicándoselo al profesor Antero Jiménez:

«Asistimos este año a uno de los aniversarios que ha de congratularnos a todos los tosirianos. Celebramos los cincuenta años que cumple nuestro Instituto de Enseñanza Secundaria “Santo Reino”. Quiero contribuir a esta celebración rindiendo un sincero homenaje a uno de esos muchos profesores que pasaron por sus aulas: Don Antero Jiménez Sánchez. A veces, muchas veces por desgracia, lo más próximo se nos convierte en lo más desconocido, los más prójimos se nos convierten en los más lejanos, y eso es lo que ha pasado con este viejo profesor y poeta, ...»

Continúa el artículo construyendo una breve biografía del profesor y poeta, recuerda la fecha de su nacimiento, el primer tiempo de su poesía, la de su

infancia y juventud, para remontarse a la de su madurez:

«... Desde los doce años empezó a componer sus bisonños versos recogidos en un poemario titulado “Cosas de mi lira”. Era la suya una poética inspirada en sus primeras lecturas, de Espronceda, Campoamor y Zorrilla. La obra infantil y juvenil de Don Antero, constituirá el embrión de su posterior composición literaria, en la que tendrá sus ecos la melancolía y la ternura de Gustavo Adolfo Bécquer hasta la purificación de su lira en la diamantina palabra y el exacto nombre de Juan Ramón Jiménez... La contemplación enamorada del paisaje vernáculo, la pertenencia al suelo patrio, la soledad del campesino y la sencillez de un estilo de vida alimentan su poesía...

Continúa haciendo una semblanza de su poesía, de su inspiración poética y prosigue sus datos biográficos citando la dirección de su revista «Nueva Humanidad», y otros acontecimientos como su

participación en la fundación de «La Peña», para luego centrarse en la relación de Antero con Torredonjimeno:

»... Don Antero compagina su vida literaria con la vocación docente que desempeña en el Instituto de Torredonjimeno, donde ejercía como profesor de “Lengua y Literatura” y “Geografía e Historia”. Fruto de esta vida profesional a caballo entre Torredelcampo y Torredonjimeno, es la evocación en prosa del parque botánico tosiriano por el que paseará tantas veces, entre clase y clase, tal como nos lo confiesa él mismo: “El parque de Torredonjimeno... lo he paseado en otoño, en invierno y en primavera: y en verano, en el rigor de la siesta de julio, cuando el pueblo duerme en el sopor amarillo...”

Sigue el largo artículo elogiando la figura del viejo profesor: «... *Antero Jiménez era un amante de la naturaleza y un auténtico amigo de sus amigos...*». El artículo de Manuel Fernández Espinosa termina

con los siguientes párrafos dedicados al poeta de Torredelcampo:

»... Aquel trabajador de la enseñanza que dio lección en el Instituto Laboral de Torredonjimeno a generaciones de tosirianos, aquel culto profesor que leía a Kant y a Berceo a la sombra de nuestra arboleda, frente al instituto Santo Reino, aquel precoz y constante agricultor de la poesía, el torrecampeño Antero Jiménez Sánchez pasó a mejor vida el 1 de enero de 1986; que descansen en paz su alma. Pero que nunca descansen sus versos en el olvido, volvamos a ellos, repasando lo que nos dice en la letra este hombre que todavía alienta en sus poemarios. Puede que esos libros suyos nunca sean superventas mundiales, pero nos hablan de cosas más nuestras que todo lo demás que podemos leer. Sus libros todavía pueden encontrarse en las librerías.

»La población de Torredelcampo que como pocas saben honrar a sus profetas y a sus

poetas, todavía recuerda agradecida a Antero Jiménez Sánchez, poeta y profeta. Permítanme sus paisanos, que lo conocen mejor, que yo honre su memoria, con estos modestos renglones. Sepan cuantos me lean que lo he hecho desde la fraternidad que me une al poeta y desde el cariño que profeso a su pueblo, Torredelcampo, vecino del nuestro».

Este artículo, del que acabo de transcribir solo en algunos párrafos, se ilustra con tres fotografías, una del homenajeado profesor, otra del parque por el que tanto paseó, y una última con la fachada del instituto. En el pie de esa foto, se lee: *«El Instituto de Enseñanza Secundaria “Santo Reino” ha recogido a grandes personalidades a lo largo de sus cincuenta años de vida. Uno de ellos ha sido Antero Jiménez»*.

En esta breve biografía de Antero Jiménez Sánchez, no puede faltar un repaso a su obra literaria. Él mismo ha confesado que empezó a escribir poemas con doce años, claro, posiblemente de esos poemas, por excesivamente inmaduros, no conservó ninguno o si conservó alguno, el tiempo y sus avatares se han encargado de enterrarlos entre los suspiros que se pierden en el aire o en las profundidades a las que los torrentes arrastran lo que nadie recoge.

Antero Jiménez Sánchez sí que conservó muchos poemas de juventud y juntos, llenaron el primer libro que editó titulado “Cosas de mi lira”, también, como tantas cosas de su vida, perdido en no sabemos qué rincón de este azaroso planeta o puede que, confiscado por los dioses, se encuentre en ese Olimpo al que los humanos no tenemos acceso. Tenemos total seguridad de su existencia y más de un testigo afirma rotundamente haberlo leído. No cabe la más mínima

duda, pero ¿qué pasó con ese libro?... muchos afirman haberlo tenido en sus manos... con él se perdieron algunos de sus poemas, sobre todo los más jóvenes, los nacidos en su adolescencia, porque, afortunadamente, otros muchos poemas que estaban en ese perdido libro, los hemos encontrado publicados en antologías compartidas con otros muchos autores y otros han sido recogidos en la primera y segunda edición de “Poemas Líricos”.

Hace unos días, sumido en la investigación de la vida del “Poeta de Torredelcampo”, llegó a mis manos una carta manuscrita de su pariente Antonio Quesada Jiménez, probablemente uno de los amigos más entrañables de nuestro poeta, que vivió con él su infancia, con él fue fundador de la Peña, ambos abogados, pero sobre todo compartía con él la inquietud por la cultura, el afán por la lectura en general y por la poesía, en particular. Esta carta iba

dirigida a Antero Jiménez Sánchez y estaba fechada en 1983. Toda ella es enormemente interesante, porque en la misma rememora muchísimos recuerdos comunes. Pero el gran interés de esa carta, en lo que atañe a esta biografía que estoy escribiendo de mi querido y admirado Antero Jiménez Sánchez, es la primera parte de la misma, —un párrafo de esa parte ya lo transcribí cuando hablaba del origen de “La Peña”. Es que aprovecha su escrito para recordar unos versos que Antero escribió en época lejana: «Qué lejos aquellos días» le dice para a continuación escribir esos versos, dos trozos de dos distintos poemas, ni siquiera sabemos si alguno de esos trozos coincide con una estrofa. El primer fragmento:

«Está amaneciendo
qué hermosa mañana
no se oye un zumbido
no se oye un clamor
el rojo Febeo tras negra montaña

asoma su fuente de luz y calor

...»

Y un segundo fragmento

«Sobre el río Guadalbullón

y al pie del viejo castillo

instalada está la noble Jaén

por la gloria de sus almas pregonados

...»

A continuación, un hilo de profunda nostalgia
por un tiempo que ya se fue:

«Quién no pudiera volver a ellos y hacer valer
aquello de “juventud divino tesoro, etc.”

Ha progresado mucho tu astro desde entonces
y la verdad es que no sé con qué carta
quedarme: si con estos magníficos poemas de
ahora, (...) o con aquella juventud divina de
entonces, aunque poéticamente más
pobretona».

Lo más interesante de esta carta es precisamente esta muestra de lo que pudo ser el poeta de sus primerizos versos. Se trata de dos trozos de dos poemas distintos y probablemente de distinta época. No sabemos exactamente a qué edad corresponden, pero cuando escribió el segundo seguramente era más joven ya que el primero denota más madurez. ¿Será alguno de ellos uno de esos poemas que dijo haber escrito con la edad de doce años?... casi a ciencia cierta, nunca lo sabremos, a no ser que aparezca algún nuevo documento que nos pueda llevar a certezas de las que ahora carecemos.

No resulta fácil analizar en profundidad un trozo de poema al estar incompleta la idea que quiere expresar el poeta, pero sí que se pueden analizar los versos y, si los del segundo fragmento, nos muestran una cierta ingenuidad, no ocurre así con el primero de los fragmentos en el que el poeta apunta maneras.

Basta observar el ritmo de los versos de ese primer trozo que nos lleva a una gran musicalidad con un compás 2/2: «Está-amaneciendo// qué hermosa mañana// no se-oye un zumbido// no se-oye un clamor//el rojo Febeo tras negra montaña//asoma su fuente de luz y calor. He sombreado los acentos para destacar con claridad el ritmo que nos recuerda a Rubén Darío: “¡Ya viene el cortejo!// ¡Ya viene el cortejo! Ya se-oyen los claros clarines”. Claramente, el segundo trozo que nos trae Antonio Quesada en su carta, pertenece a otro poema distinto en el que ya el ritmo de los versos cambia completamente.

Antonio Quesada Jiménez duda qué elegir, si la juventud inmadura, alegre y pujante o la madurez del poeta, serena y, en circunstancias, triste. Artísticamente, yo claramente me quedo con la segunda.

Excedería de mi pretensión transcribir cuanto se ha dicho de la obra de Antero Jiménez Sánchez, “El Poeta de Torredelcampo”, porque llenaría varios libros, por eso solo transcribiré aquellos párrafos más destacados y solo de los críticos más relevantes por la profundidad de su estudio y análisis de la obra del poeta. Sin minusvalorar a los demás y solo debido a razones de brevedad, en algunos casos, me limitaré a nombrarlos. Debo empezar por quien más ha profundizado en el estudio de su obra, por el Catedrático de Lengua y Literatura Española, Profesor Emérito de la Universidad de Granada y Profesor de la Escuela Universitaria de Magisterio de Jaén D. Alfonso Sancho Sáez:¹²

«...

¹² Puede leerse el texto completo en el prólogo a la segunda edición y ediciones sucesivas de “Poemas Líricos” de Antero Jiménez Sánchez

»Pues bien, sensibilidad, y exquisita, es la que se aprecia en Antero Jiménez. No basta la sensibilidad porque, si bastara, muchos seríamos poetas. Es preciso que la emoción, única e irrepetible que un hombre, en un momento y lugar determinado, experimenta pueda ser comunicada, transmitida...

»...

»La obra de los grandes suele ser breve. El poeta torrencial llena de escoria sus versos. Suele ser breve porque al hombre sólo le interesan unas pocas cosas esenciales: el amor, la muerte, y el ignoto destino humano. Breve es, por eso, la obra de Garcilaso, la de Bécquer, la de Machado. Por eso es breve la obra de Antero Jiménez. El libro que tengo entre mis manos se titula, con toda sencillez "Poemas Líricos" y tengo el honor de que en él figure la dedicatoria: "Al Catedrático de Literatura Don Alfonso Sancho. Afectuosamente". Me honra esta dedicatoria, pero hoy, que he releído el libro, hubiera preferido que fuera dedicada "A mi amigo

Alfonso Sancho". Porque amigo y próximo le he sentido a través de su obra y a través de su hijo Antero. Estoy seguro de que unos minutos de conversación habrían bastado para cimentar esta amistad...

»...

»... Sospecho que Antero fue consciente de su lucha por la expresión, de su progresivo dominio del verso y de la depuración de su estilo. Y tal vez por melancólico amor al hijo desvalido, al fruto no logrado, salvó de un tentador olvido el poema inmaduro. Gracias a ello, podemos hoy asistir a la evolución de su obra. Hay en sus poemas, que yo estimo primerizos, ecos de lecturas, lastre de retórica, poetas amados que le resuenan en el oído y se le encabritan en la pluma y, a medida que el poeta crece y su sensibilidad se depura, según se va exigiendo más y más, va echando por la borda los ecos para escuchar su propia voz...
... Hasta que, de pronto, nos sobresalta la meditación en una tarde de estío que sólo un verdadero poeta puede sintetizar. Y esta

sensibilidad nos lleva en "Pequeños poemas" por los caminos, tan caros a Machado que se le tornan negros y agoreros de tragedia. Ya tenemos al poeta sabiendo decir lo que quiere decir. El rebelde, mezquino idioma, se va tornando dúctil en sus manos.

»Y aparece Juan Ramón como modelo, no como plagio en varios poemas: "La niña tonta", "Crepúsculo", "Tarde de mayo", "Ojos verdes".

»Cada vez con mayor seguridad, el progresivo dominio técnico le permite prescindir de la tiranía de la rima y del metro, su verso se adelgaza, abandona toda retórica visible y la expresión se hace más enjuta y limpia. Más que un cierto aire de familia, lo que siempre es inevitable, lo que Antero aprendió de Juan Ramón fue el afán por purificar la palabra, por identificar el nombre con lo nombrado, por crear con la sola palabra el mundo soñado o presentido. En este sentido es especialmente emotivo el poemita "Soledad sonora" indudablemente tomado de San Juan en el que

parece que el poeta busca adrede la sencillez, una cierta humildad ermitaña y un ritmo de cancionero para comunicarnos su aproximación a Dios, tan frecuente, por otra parte, en su obra.

»...

»El poeta titula sus poemas en prosa "El Pipe y yo", y lo dedica, sin rebozos "A Juan Ramón Jiménez, la voz lírica más alta del siglo XX". En título y dedicatoria hay toda una promesa y Antero no nos defrauda. Al contrario, porque se arriesga mucho. ...

»... He de limitarme a espigar algunos aspectos de su prosa que me parecen imprescindibles:

»Escribir en prosa, aunque otra cosa pueda parecer, es enormemente difícil porque el escritor ha de prescindir de arrequives y alamares. Sin la apoyatura de la rima, del metro y otras arterías, el poeta sólo cuenta con el ritmo, mucho más irregular y, por lo tanto, menos abrigado que el del verso. A cambio,

ha de manejar el arte difícil de la adjetivación, la selección muy castigada de la palabra y la máxima precisión significativa y, cuando se consigue, surge el bellissimo poema inicial. “El rayo”. No podía empezar mejor ni más juanramonianamente. Como “Serafinillo” o como “Corpus”. La sensibilidad para el paisaje que ya encontramos en algún poema, cobra aquí carácter de protagonista. Y sentimos que el modelo no está con frecuencia tan lejos del émulo, como “El Parque” o el bellissimo “La piedra del camino”, que tanto hubiera complacido al maestro, o el emocionado “Responso a Juan Ramón”, ...

»...

»Cuando he hablado del paisaje en Antero temo haber dado la equivocada idea de que Antero Jiménez fue paisajista. No: Antero fue paisaje. Parece lo mismo, pero ¡qué diferencia! El paisajista ve el paisaje desde fuera, se emociona estéticamente y nos lo muestra. El resultado suele ser muy bello, pero afectivamente irrelevante. Paisajistas fueron

Pereda y Blasco Ibáñez. No así Miró, ni Azorín, ni Juan Ramón ni... Antero. Hacerse paisaje es meterse dentro de él, formar parte de él, cosificarse con amor cuasi panteísta. Antero no ve el paisaje, lo vive; toma el color ocre de la tierra, el crepitar del sol de estío sobre los campos resecos y es estridor de grillo y resplandor de luciérnaga. Porque amaba al campo, se hizo campo él mismo; ...

»...

»Antero no podía disparar porque hubiera matado al paisaje: hubiera disparado contra sí mismo. Pero el paisaje que es Antero, además de comunión con las cosas, necesita comunicación; no con imágenes, no con metáforas sino, en lección aprendida del maestro, con palabras que sean ellas mismas campo y paisaje. Y este es su secreto en el que no sé si se habrá reparado suficientemente: las palabras ciudadanas no le sirven; las palabras del común hablar le quedan estrechas y ajenas y acude a las palabras terruñeras y entrañables. Sería preciso un minucioso

estudio de su lengua y de su léxico que desborda mis propósitos. Pero sí podemos espigar:

»Cuando en “Los candilicos” consultamos al Diccionario, hallamos, una definición de técnica botánica que a Antero le habría parecido desangelada. Los candilicos son “morados, escondidos entre las anchas hojas verdes y húmedas, ¡qué modestos resultan los candilicos”. Los candilicos son campo y Antero los ama. Como ama el “diñuelo” en que una muchacha sana tiende el esplendor de los trapos blancos. Porque el “diñuelo” es campo, es pueblo, su pueblo aunque los diccionarios lo ignoren. Como es un puro goce “la transminación del camino ancho y seco” en “Los campanilleros”. Como es agudo el “traslocar” de Cuesta negra que Antero se inventa o rescata del hondón del habla popular. Sólo son unos ejemplos, entre tantos posibles, de la fabulosa capacidad de hablista de Antero Jiménez que, siendo pueblo, del pueblo saca palabras soterrañas y bellas para

el que tenga capacidad de saboreo. Si la etimología auroral de "poeta" es la de creador, Antero fue poeta eminente porque creó palabras o las rescató; porque creó paisaje en el que para siempre está fundido; porque creó belleza.

»Adiós amigo al que no llegué a conocer. Sé que te gustaría la despedida de Machado a otro amigo muerto:

»“Y tú, sin sombra ya, duerme reposa, larga paz a tus huesos. Definitivamente, duerme un sueño tranquilo y verdadero”».

Alguien podría pensar que un título tan parecido al de su admirado Juan Ramón Jiménez podría suponer un plagio, pero la escritora Malagueña, nacida en Antequera, Concepción Palacín Palacios, lo expresa muy bien en el siguiente artículo que transcribo:

«Metempsicosis de Juan Ramón Jiménez a Antero Jiménez Sánchez.

»El libro que tengo junto a mí, “El Pipe y yo”, segunda parte de un tomo titulado “Poemas líricos”, no es un plagio de “Platero y yo”. Es una transmigración del alma de Juan Ramón Jiménez al alma de otro Jiménez. Plagiar es, según el diccionario, copiar en lo sustancial obras ajenas dándolas como propias. Y no es este el caso. Antero Jiménez no intenta, a la manera del clásico plagio, ignorar la existencia del otro autor utilizando al mismo tiempo sensaciones de segunda mano. Muy al contrario, tiene siempre a flor de pluma el nombre de Juan Ramón, al que con frecuencia se dirige, como en el siguiente responso que entona parado ante la tumba del poeta, en Moguer: **“Yo no te conocí, Juan Ramón, pero para cada hora, para cada paisaje, yo he tenido siempre a punto una poesía tuya en mi solitario y melancólico contacto con la naturaleza”**.

»El libro de Antero Jiménez es labor de años. Antero, el poeta de Torredelcampo, nació entre olivares jiennenses ha visto crecer a sus

hijos en contacto con ese campo al que otros vuelven las espaldas, campo del que a los atardeceres **“se va yendo la luz por los caminos solos”**; ha penetrado en los cementerios donde **“la muerte duerme escondida entre rosas y amapolas, arrullada con sinfonías de grillos, de chicharras, de jilgueros y gorriones”** y también en los jardines rústicos de los que las flores **“se van como pájaros —¿adónde?— dejando sus plumillas —quiero decir sus hojas— al pie de los nidos verdes y vacíos”**; se ha detenido junto a la cuneta de una carretera para interpelar la piedad de un carretero de corazón negro que descarga latigazos sobre la indefensa mula de varas; ha acompañado la procesión del Corpus sintiendo cómo **“el olor fresco y verde de los juncos y el rojo y suave hálito de los claveles y las rosas se entran por todos los sentidos; ha llorado la muerte de Francisco Villaespesa al que “la primavera se llevó con prisa por un camino de rosas blancas y pájaros mudos”**.

»Las andanzas de Antero Jiménez tienen, como las de Juan Ramón, un acompañante inseparable, su hijo Pipe, que las comienza siendo niño y que, año tras año, se va volviendo hombre. Esto no puede suceder en un día. Sorprende encontrar en un libro tan pleno de amor a la creación, la palabra escopeta. Antero, el mismo que dice **“¿qué dolor, un pajarillo muerto!”**, suele llevar escopeta cuando sale al campo y su hijo también la lleva. Mas el desconcierto que tal circunstancia nos produce deja de serlo si leemos este párrafo dedicado a las tórtolas: **“Yo las miro y las apunto y, como no se van y hace tanto calor, dejo la escopeta, me hago el tonto y sigo leyendo”**. Hacerse el tonto es para Antero Jiménez tanto como hacerse más bueno: **“Pipe, esos tontos que pasaron por la vida sin pena ni gloria, están hoy en el cielo, cerca de la mano de Dios, contemplando el desfile de listos hacia el purgatorio... y hacia el infierno”**. Creo que el poeta de Torredelcampo está en lo cierto: Bienaventurados los limpios de corazón y no

los enterados y los enteradillos. Piensa él que hay seres más dignos de lástima que los bondadosos tontos y son los que caen bajo el peso de su afán de colocarse a mayor altura que los demás. Es por ello por lo que sugiere la idea original de que en cada casa exista un lloradero, una habitación tan útil como el dormitorio o la cocina: **“El lloradero, sería una habitación reducida y limpia, con una mesa y un crucifijo, algo así como una pequeña celda de monjitas. Todos los días entraríamos en el lloradero, nos reconcentraríamos unos minutos y lloraríamos media hora por la humanidad doliente y caída...”**. Opino que vale la pena considerar la sugerencia. Nos está haciendo falta a todos esa pequeña estancia, sin televisor, sin vídeo, sin electrodomésticos de ninguna clase, donde el relajarse sea fácil y pueda el llanto aflorar a los ojos. Allí lloraríamos por todas las ambiciones fracasadas, ya sean propias o ajenas, por los hombres que hacen la guerra, por los que talan los bosques, por los muertos a causa del

hambre o de las armas, por los egoístas que propiciaron esas muertes, por los animales martirizados, por las plantas sedientas, quemadas o anegadas, por los que no pueden o no saben ver el campo y, en fin, por todos los que nos abandonan porque se les acabó la vida o se le acabaron los ideales. Como el Pipe al que Antero Jiménez dedica la elegía con la que acaba la obra: **“El Pipe terminó su carrera, se casó, tiene una niña. Todo esto, y la vida, le arranca del campo. Ya se va con el verano a las playas para aturdirse con la gente, como si los profundos silencios del campo le aburrieran. ¡Ojalá que cuando tenga la edad que yo tengo, y su hija, su hijo, sea como él era, se sienta niño, quiero decir poeta, para que entonces pueda acabar el libro al que hoy pongo punto final!”**

»Sí, punto final para Antero, punto y aparte para el poeta que quiera seguir transcribiendo todos los mensajes que la naturaleza le transmita. Y son tantos los mensajes, que

siempre será posible continuar la obra
empezada en Huelva y reanudada en tierras de
Jaén.

Concepción Palacín Palacios»

Laureano Mela Espinosa, Presidente de la
Asociación Hispana de Escritores, desde Barcelona,
en el prólogo a la primera edición de “Poemas
Líricos”, también hace un profundo estudio de la obra
de Antero Jiménez Sánchez. Transcribo algunos
párrafos:¹³

«...

»... Es hombre reconcentrado, amante de la
soledad y de fuerte temperamento poético, de
una receptividad casi enfermiza. La
enseñanza, la lectura y la poesía son las tres

¹³ En el prólogo a la primera edición de “Poemas Líricos” y en
las sucesivas ediciones puede leerse el texto completo

grandes pasiones de su vida, llegando a hacer un culto de la belleza.

»A los doce años ya escribe versos que recoge en su libro titulado "Cosas de mi Lira" cuyo contenido delata ya al buen versificador, aunque las poesías sean un tanto ingenuas, poesías de una juventud demasiado temprana, pero que tienen el mérito de la perfecta metrifcación y que contienen el embrión, la promesa de un mayor logro. Estas primeras poesías son reflejos de las primeras lecturas del poeta: Espronceda, Campoamor y Zorrilla.

»Pronto Antero Jiménez cambia de rumbo, apuntando ya hacia una tierna y melancólica nebulosidad, e inaugura una segunda época que perfila la verdadera personalidad de Jiménez, influenciada principalmente por Bécquer, y en esta época publica poesías en periódicos y varias revistas de la provincia.

»Todavía podemos apreciar en el poeta de Torredelcampo una tercera época en la que sienta, por fin, su temperamento lírico. Ha

leído con entusiasmo la producción poética de Juan Ramón Jiménez y ha hecho, ya para siempre, su norte y su guía del poeta de Moguer. En esta tercera época se va depurando hasta alcanzar la perfección lírica, pero sin conceder ningún deje siquiera a los ismos modernos. Antero Jiménez, en esta época nos presenta una nueva modalidad, la prosa poética, inspirada en el libro de Juan Ramón Jiménez "Platero y Yo", prosa más lírica que sus propios versos.

»No cultiva Antero Jiménez el poema largo, signo que su inspiración se vacía siempre en composiciones comprimidas, sin regodeos ni divagaciones inútiles, tendiendo siempre a la expresión máxima con el menor número de palabras, y empleando una adjetivación precisa y elegante al mismo tiempo: ...

»...

»No tiene Antero Jiménez sus poesías ordenadas y recogidas en un libro, sino desperdigadas en revistas y periódicos:

"Advinge", "Alver de Olivo", diario "Jaén", o colaborando con otros poetas en una serie de Antologías publicadas en Madrid y en Barcelona: "Rumbos": Antologías 1949, 1950, 1951 y 1952, pero en la actualidad prepara una edición completa de sus poesías y de sus poemas en prosa. El amor al paisaje, a la soledad del campo es la nota dominante de Antero Jiménez. El periodista de "Jaén", Moreno Bravo dice del poeta: "Nuestro hombre escribe recreándose en el ambiente encalmado, en la serenidad casi litúrgica de nuestros campos":

»...

»Es Antero Jiménez el poeta de nuestro campo, poeta de atardeceres en la campiña y en la ribera, viendo volar las palomas hacia los campaniles aldeano. ...En derredor de él, — sigue diciendo Moreno Bravo—, nuestro paisaje, nuestros atardeceres, nuestras lejanías...:

»...

»Nuestro poeta dialoga bajo los frutales en su huerto escondido como el de un místico, y se extasía, dulce y blandamente, en los retornos fugaces a su solar. En la Antología poética de Antero Jiménez, que hemos leído, queda su nombre, entre los líricos jiennenses. La paz serena y melancólica del poeta se impregna a veces de un pasajero pesimismo...

»...

» En el arpa lírica de Antero Jiménez no podía faltar la cuerda religiosa, estando aquí, quizá, lo más maduro y conseguido del poeta, que sigue la tradición de la mayoría de nuestros líricos, desde Berceo a Unamuno. Tiene una trilogía de sonetos "A Jesús Crucificado" de buena inspiración.

»Entre los sonetos no religiosos merece especial mención el "Soneto a Cambil", en donde pinta magistralmente el típico pueblecito serrano. De esta última época son los depurados poemas "Romance a Pinito del Oro" que figura en la trilogía de dicha artista,

y "Duérmete" pleno de melancólica ternura. Ya dijimos que la verdadera personalidad poética de Antero Jiménez no está en sus versos sino en sus poemas líricos en prosa, en los que sigue el camino de "Platero y Yo" de Juan Ramón Jiménez. Son poemas cortos en los que el poeta describe recuerdos, paisajes y personas con cautivadora sencillez y espumante belleza».

Rafael Ortega Sacrista, escritor, historiador, cronista de Jaén y académico de la Real Academia de historia, en carta dirigida al poeta, ensalza, sin ahorrar elogios, la poesía de Antero Jiménez, pero sobre todo su prosa poética.

También José Diego García Guirao, escritor de reconocido prestigio de Almería, derrocha elogios del Poeta de Torredelcampo, ensalzando su sensibilidad lírica.

En el “Diario Jaén”, Juan Jiménez Arroyo, dedica un elogioso artículo a ensalzar la figura literaria de Antero Jiménez Sánchez. Considera que es muy justo y verdadero el nombre con el que lo distingue su pueblo, “El Poeta” y entre otras cosas escribe:

«...

»... “El Pipe y yo”, todo el sabor elegíaco de búsqueda infatigable de la belleza por sí misma; de la lenta ansiedad por encontrar transparencias definidoras de cielos, de hombres, de cosas...»

Tras la publicación de la primera edición de “Poemas Líricos”, Vicente Oya Rodríguez, cronista oficial de Jaén, en el periódico “Jaén” se hace eco del acontecimiento y, con ese motivo publica un largo artículo en el que glosa su figura con algunas pinceladas de su biografía, pero, sobre todo,

dedicando gran parte de esa crónica a destacar el fuerte impacto lírico de sus poemas, tanto en verso como en prosa. Dice conocer al poeta y entra en su esencia lírica:

«...

»Siempre me ha parecido que Antero Jiménez Sánchez es, sobre todo, un amante del paisaje y un amante de la soledad del campo. En este libro de ahora, “Poemas Líricos”, el autor nos lo demuestra con una sensibilidad a flor de cada verso.

»Desde la soledad, lejos del mundanal ruido, el hombre puede adentrarse mejor en la reflexión. Sobre todo, si es alguien que espera confiadamente o no espera nada. Su poema sobre la “espera” es algo que conmueve al lector:

» “¡Ay qué triste es esperar
cuando no se espera nada...!”

...»

En el año 2001, la Asociación Cultural, Camino Viejo, para recordar la figura del Poeta de Torredelcampo, organiza unas jornadas en las que se debate sobre su figura, se recitan algunos de sus poemas por los asistentes y se decide reeditar su último libro, ya agotado, “Poemas Líricos”. Con ese motivo, en su revista y en el “Diario Jaén”, José Jurado publica un artículo a tres columnas. En destacado dice:

«... Jiménez es considerado como un poeta que escribe sobre el amor al paisaje y la soledad del campo. Su verdadera personalidad poética no está en sus versos sino en sus poemas líricos en prosa...»

Moreno Bravo, periodista y director del “Jaén”, en su columna «En Jaén donde resido», titula uno de sus artículos sobre el poeta: «*Poeta de nuestro paisaje, Antero Jiménez*» y lo empieza con los siguientes párrafos:

«Nuestro amigo, llenos sus ojos con el sol y la luz de nuestra tierra, escribe poesías recreándose en el ambiente encalmado, en la serenidad casi litúrgica de nuestros campos...

» “Mira que paz... despierta... Sólo un carro chillón suena en la siesta...”

»Es Antero Jiménez el poeta de nuestro campo y de nuestro cielo, poeta de atardeceres en la campiña, en la ribera, viendo, desde lejos, volar a las palomas hacia los campaniles aldeanos...

...»

El 16 de marzo de 1977, se adhiere a la Agrupación Hispana de Escritores y en 1983 es nombrado socio de honor de Escritores de Jaén, como tal, recibe el correspondiente diploma y el carnet de socio.

Ya empiezan a marcar sus huellas el deterioro de tantos años de callado y resignado sufrimiento

soportando una invalidez muy dolorosa y que solo puede sobrellevar con calmantes que poco efecto le hacen ya. Se trata de un dolor continuo en la pierna, con una infección crónica. Una nueva operación, para quitarle la prótesis que le pusieron para sustituir la cabeza del fémur, logra el fin de la infección, pero no palian ni la invalidez ni el dolor que, aunque muchísimo más ligero, sigue siendo una molestia continua. Todo eso y los años, ya se reflejan en todo su cuerpo y, Antero Jiménez Sánchez, muere el día 1 de enero de 1986. Su hijo Antero escribió la siguiente necrológica:

«En una tarde gris de enero, sin esperar al regreso de las mariposas, se fue Antero Jiménez, el Poeta de Torredelcampo. Se fue silencioso, quedo, sin querer despertar a los pájaros. Se fue, como se fueron sus rosas rosas. Se fue con la puesta de sol y “cuando la

tarde se moría tras los montes malvas”. Se fue al encuentro de sus ojos verdes:

“Cuando todos los caminos
pinten la noche de negro,
sólo habrá unos ojos verdes
dentro de mi pensamiento:
¡Qué serán luz que me guíen
a lo largo del sendero!”

»... Y se fue en invierno sin esperar a la primavera. ¡Cómo se conocían la primavera y él!... Se arrullaban en los crepúsculos, en los atardeceres, en las siestas amarillas, en las noches de luna y en los días de sol... Hablaba con las rosas y con los lirios, con las margaritas y las amapolas, y con los almendros cargados de sol y de nieve... Traducía el canto del grillo, el trino de los gorriones, y ese ruido de brisas, que esculcan los matorrales, para dar fragancias de tomillo, juncos, hinojos y romeros...

»¡No! ..., no se habría ido en primavera..., por eso no la esperó.

»Sé que se fue a su Cielo a sentir más cerca a
Dios:

“Qué paz augusta siento
sintiendo a Dios tan cerca...
y al cielo, como Kant, sobre mi frente,
y con la ley moral en mi conciencia”

»... Así fue mi padre...»

Ese día, se fue un gran hombre, el profesor, el poeta, el activista de la cultura. El hombre que dedicó toda su vida a la belleza de lo cotidiano, de lo sencillo. El hombre que hizo de su resignación, en una vida de sufrimiento, poesía. El hombre que se consagró a una vida humilde, sin aspavientos, a darse a los demás. Que paseó su prematura invalidez por los jardines de la campiña torrecampeña, por los ariscos de Sierra Mágina y por doquier dejó su impronta. Es de justicia que las generaciones sucesivas no lo olviden jamás.

El recuerdo forma parte de la génesis cultural, y ese recuerdo, a su vez, es la primera pieza de la arquitectura de ese patrimonio que nos distingue del resto de los seres vivos. Nos unifica en una concepción universal y, aunque parezca contradictorio, nos diversifica, y es posible que individualice a los pueblos y las naciones, por eso no debemos olvidar a esos hombres y mujeres, que un día, aunque sea lejano ya a nosotros, aportaron algo a ese patrimonio que, de alguna manera, se imprimió en nuestro carácter. Solamente, los que no conocieron a Antero Jiménez Sánchez, los que nunca lo han conocido, pueden concebir a Torredelcampo y a Jaén sin su importante influencia. Por el contrario, los que de alguna manera lo hemos conocido, sabemos que su impronta cultural sigue latiendo en todos cuantos fueron sus discípulos en el ámbito de las letras jiennenses. Por algo, Antero Jiménez Sánchez, utilizó

su vida entera a un fin, para él irrenunciable: imbuir la cultura a todas las capas de la sociedad, como redención de esa propia sociedad y mostrar y exaltar la belleza de lo sencillo, de lo cotidiano. Ensalzar al pueblo trabajador y humilde como único depositario de la auténtica idiosincrasia de lo que se llama «pueblo». Él nos da ejemplo viviendo esa misma sencillez hasta el heroísmo, pregonándola en sus escritos, Antero Jiménez Sánchez, se hace y se siente «pueblo» y lo exalta en su gente y en su paisaje.

DISCURSOS QUE SE
CONSERVAN DE
ANTERO JIMÉNEZ SÁNCHEZ

PRÓLOGO

Por Antero Jiménez Antonio

Curioseando entre “los papeles” que dejó nuestro padre hemos encontrado, entre otros documentos, algunos proyectos inconclusos, tales como el estudio crítico sobre la obra de Almendros Aguilar. Sabemos que su intención era publicarlo, pero, es muy probable que el tiempo no fuera su mejor aliado. También, junto a toda su obra manuscrita, estaban los borradores de algunos de los discursos que él pronunció. No sabemos cuál era su intención al respecto. Probablemente los guardaba como un simple recuerdo. Sabemos que no son todos, sino una muy pequeña muestra de ellos, y, como he dicho

antes, lo que hemos encontrado son borradores. Sí, porque, nunca se le ocurriría leer una intervención, jamás lo hizo. Para él, que admiraba a los grandes oradores, esa era una firme convicción, de tal manera que no podía concebir al orador leyendo su disertación.

Excepto una lección magistral que pronunció en la inauguración de un curso en su Instituto de Torredonjimeno, que fue publicada en un cuadernillo por el propio Centro, el resto, de los discursos encontrados, estaban, como he dicho, manuscritos. Sabemos que eran resúmenes, esquemas de lo que él diría pero, aun así, hemos decidido publicarlos. Hemos procurado ser escrupulosamente fieles a lo que él escribió. Tal vez por eso, no hemos querido prescindir de párrafos enteros o frases que se repiten en algunos discursos, pues sabemos todos los que damos alguna que otra conferencia, algún que otro

discurso, que es muy frecuente que empleemos y repitamos materiales en el instintivo afán de ahorro retórico.

Por qué hemos decidido publicar esos discursos. Empezaré por decir qué es lo que no hemos pretendido:

No se trata de hacer una recopilación que refleje una serie de hechos de la historia de Torredelcampo en los que él, de alguna manera, intervino o estuvo presente. No. Aunque hubiéramos querido no podríamos haberlo hecho, por dos razones: esos borradores que hoy se publican, no estaban fechados y por otro lado, sólo hemos encontrado una mínima parte de sus discursos, sólo ocho de los cientos que pronunció, pues no había acontecimiento, sobre todo en Torredelcampo (que también en muchos municipios de la provincia), en que no fuera invitado

a pronunciar unas palabras y todo el que lo conoció sabe lo difícil que era para él decirle no a alguien. Sabemos que en Jaén pronunció innumerables discursos y sólo hemos encontrado uno (un homenaje a Juanito Valderramas que tuvo lugar en el hotel Rey Fernando). Así mismo, sabemos que pronunció discursos en Torredonjimeno, en Cambil, en Andújar, en Martos, en Córdoba y en Sevilla (y seguramente en algún sitio más de nuestra provincia), ninguno de esos discursos está presente en esta publicación, sencillamente porque no los conservamos. Es una pena que gran parte de la obra de Antero Jiménez Sánchez se haya perdido. Los acontecimientos históricos que le tocaron vivir, seguramente, son la causa de tan lamentable pérdida de su obra: su ideología, contraria al “régimen” que tuvo que sufrir, una guerra civil en la que, naturalmente estuvo en el bando de los perdedores, a pesar de ser el legalmente

establecido, su paso por las cárceles franquistas, su posterior destierro, pero sobre todo, la fuerte represión que tuvo que soportar por parte del “régimen” y de sus familiares, más o menos allegados. Todas estas circunstancias incidieron en la desaparición de una parte muy importante de lo que podría haber sido su legado, sobre todo, la parte de su obra más comprometida en el terreno de la filosofía política y el derecho. Sabemos con seguridad que ha existido, pero no nos ha quedado nada. Así, solo hemos logrado encontrar un artículo de la revista “Nueva Humanidad” de alcance provincial (con claras repercusiones nacionales) que él fundó y dirigió con un ideario profundamente de izquierdas y de defensa a ultranza de la II República. Tampoco sabemos nada de sus artículos y ensayos sobre derecho penal: comprometido con la abolición de la pena de muerte y con la verdadera redención y

reinserción del recluso. Con la eliminación de los códigos penales de cualquier tipo de delito que tuviera que ver con la ideología o con la libertad de expresión. Sabemos que fueron publicados en el extranjero, pero ¿dónde?, ¿En qué medio?...

... Volviendo a los discursos, nuestra única pretensión al darlos a conocer, ha sido, mostrar, como ejemplos palpables, su inequívoca vocación por la cultura en general y por su pueblo, en particular, sin dejar a un lado que algunos de ellos son piezas bellísimas y un claro ejemplo de que en la oratoria también se puede hacer poesía. Un discurso puede ser breve y estar lleno de contenido. Puede ser muy ameno y al mismo tiempo didáctico. Pero sobre todo puede ser bello y descriptivo. Sirvan estos pocos discursos que conservarnos como ejemplo de cómo era la oratoria de Antero Jiménez Sánchez.

Por último, debo hacer constar que estas nuevas publicaciones no habrían sido posible sin el trabajo importantísimo de mi hermano Felipe.

APERTURA DE CURSO EN EL INSTITUTO DE TORREDONJIMENO

En la libre elección para exponer un tema como lección inaugural de curso, dentro de las materias que, en calidad de profesor, explico en este Centro, he fijado mi atención en dos momentos de nuestra Historia patria, momentos de una influencia enorme y decisiva en la Historia Universal de la Cultura, momentos, además, interesantes por la semejanza en sus génesis y por la identidad en sus consecuencias.

Quiero exponer mi lección sin los empaques dogmáticos y sin las arideces academicistas propias de estos casos, y quiero también contar con la benevolencia de los compañeros de claustro que me escuchan, sobre todo, de los profesores del Ciclo, más

versados que yo, seguramente, en las disciplinas históricas.

He preparado el tema consultando, fundamentalmente a Reinhart Dozy, a Juan de Mariana, Modesto La Fuente y Joaquín Ruiz Jiménez¹⁴

Hechas estas salvedades, entro en mi lección, la que llevará por título: **“El león de Numidia pone en peligro en dos ocasiones la civilización occidental”**.

¹⁴ Bibliografía consultada:

Reinhart Dozy: *Histoire des Mussulmans d'Espagne, jusqu'à la conquête de l'Andalousie par les Almoravides, 711-1110* (Leiden, 1861; 2nd ed., ibid., 1881)

Reinhart Dozy: *Historia de los almmohades de Al-Marrakushi* (Leiden, 2nd ed., 1881).

Juan de Mariana: *Historia de España* (Edición BAE, 1854)

Modesto Lafuente: *Historia General de España* (25 tom. 1850-1867)

Joaquín Ruiz Jiménez: *Bocetos Históricos*

Los hijos de aquella famosa princesa, Dido, cuya belleza extraordinaria y desgracia peregrina fueron cantadas en la Eneida por el poeta Virgilio, huyendo de Pigmalión, rey de Tiro, edificaron en la costa africana del Mediterráneo una opulenta y bella ciudad que se llamó Karta Hadat, ciudad nueva, y más tarde Cartago, la que llegó a ser tan poderosa como Roma. Ambas repúblicas, por tener un mar común, el Mediterráneo, poderosísimo medio del tráfico y del comercio de entonces, tenían que mirarse con antagonismo y aprovechar la ocasión para lanzarse la una sobre la otra, sembrando la muerte, la desolación y la ruina. La ocasión no se hizo esperar, y la posesión de la isla de Sicilia, llave del “Mare Nostrum” prendió la tea que encendió la primera guerra púnica. Más el león de Cartago no se encuentra con fuerza suficiente para devorar a la loba de Europa y piensa en la conquista de “España” para que este valiente

pueblo le sirva de auxilio en la gigantesca empresa. Los generales Amílcar y Asdrúbal fracasan en su intento y ven que a “España” no se le puede conquistar con la espada.

Entonces, un joven de veintiséis años, hijo de Amílcar Barca, que ha jurado odio eterno a los romanos, toma sobre sus hombros la empresa de conquistar pacíficamente “España” para después Continuar la lucha con Roma, ya comenzada en la primera guerra púnica.

¿Puede Aníbal realizar su propósito sin cierta circunstancia decisiva en sus triunfos y en su derrota final? Seguramente que no, porque “España” odiaba a Cartago casi a la par que Cartago odiaba a Roma. ¿Conquistarla con las armas? Tampoco, porque al talento de Aníbal no se le oculta el genio altivo y la brava arrogancia de los hispanos. Porque Aníbal sabe

que cuando las cruces, en la que han recibido afrentosa muerte Indortes e Istolacio ostentan todavía los restos ensangrentados de estos héroes, otros paladines de la libertad de “España” asestan terribles golpes al ejército cartaginés, arrancando la vida de Amílcar Barca o hundiendo el puñal en el pecho del esforzado Asdrúbal que, de victoria en victoria, llevado había sus banderas hasta las márgenes del Ebro. Porque Aníbal sabe que la alianza que él quiere buscar en “España” no puede encontrarse asaltando ciudades ni arrasando campos. Y porque Aníbal sabe todo esto, es por lo que se dedica, no a conquistar “España” con las armas, sino a dominarla con el corazón.

Pues bien, decíamos que esta empresa se vio favorecida por una circunstancia ocurrida precisamente en nuestra provincia de Jaén, en la

antigua Cástulo, ciudad situada entre Baeza y Linares según unos, o hacia Cazorla, según otros.

Dicen antiguas leyendas que huyendo la honesta Castalia de la amorosa y obstinada persecución de Apolo, vino a parar al monte Parnaso, en cuya cima se convirtió en la fuente que lleva su nombre y que tenía la virtud de dar la sabiduría a todo aquel que bebía de sus cristalinas aguas. También que, encontrándose Apolo y las Musas en el referido monte de la Focea, Pegasso, aquel caballo con alas que engendrara la sangre de Medusa, hiriendo el suelo fuertemente con sus cascos, hizo brotar la fuente Castalia. Fuese como fuese, es lo cierto que entre las colonias que fundaron en “España” los griegos procedentes de la Focea, se encontraba la ciudad de Cástulo, cuyo nombre proviene de la fuente Castalia.

En el viaje que hace Aníbal para ganar adeptos, llega a la ciudad de Cástulo y queda admirado de su magnificencia, pero lo que cautiva para siempre su corazón es la belleza física y moral -Venus y Juno al mismo tiempo- de una princesa de ilustre y antiguo aborigen, llamada Himilce, princesa que iluminará la vida del caudillo cartaginés y será para sus empresas como la Laura de Petrarca o la Beatriz del Dante.

Con gran pompa y regocijo celébranse las bodas de Aníbal e Himilce, unión que representa lo que pudiéramos llamar en términos modernos la razón de Estado de la república cartaginesa, ya que Cástulo era la ciudad más poderosa e influyente de toda la Bética, y ya que esta unión convertía a Aníbal en un caudillo hispano.

Pasando por alto los grandes preparativos bélicos y la resistencia heroica de Sagunto, Aníbal, al frente

del más poderoso ejército que viera la antigüedad, después de Darío y Alejandro, integrado en su mayoría por españoles, en éxodo gigante digno de ser cantado por Homero, cruza los Pirineos y los Alpes, desde cuyas nevadas cumbres que parecen tocar al firmamento, señala a sus soldados las verdes y rientes campiñas, de Italia, sobre las que cae como un rayo ante el asombro del ejército romano que es aniquilado en las batallas de Tesino, Trevia, Trasimeno y Cannas.

Después, la Conquista de Roma hubiera sido un paseo militar. Pero la providencia no puede consentir que Roma sucumba al yugo cartaginés; que la heredera del acerbo cultural de Grecia, la que traza los eternos postulados de la convivencia humana; la que asombra al mundo con sus leyes eternas; la que crea los dos núcleos fundamentales en torno de los cuales giran el derecho civil y el político -la familia y

el municipio- y cuyas normas aún vigentes, son todavía la admiración de los jurisconsultos; la Roma de Cicerón y de Virgilio; la Roma de Horacio y de Justiniano, no podía sucumbir al león de Numidia.

¿Qué ocurre, pues, entonces?

Pues ocurre que una epidemia en Cástulo ha arrebatado la vida de Himilce y de su hijo Aspar, y que a Aníbal, al saber la terrible noticia, roto y maltrecho su corazón, ya no le importa Roma, y en contra de la opinión de todos sus capitanes se retira a Capua. El profundo desaliento, el torvo dolor que la muerte de Aspar e Himilce prende en el caudillo, determina el ocaso de Cartago, la que será completamente destruida por Escipión el Africano, después de la derrota de Aníbal en Zama, salvándose así la civilización occidental.

Los grandes momentos estelares de la historia, señores, son a veces producidos por pequeñas causas. Si el matrimonio de Himilce pone en peligro a Roma, su muerte destruyó a Cartago.

El otro momento histórico a que me refería, lo encontramos, señores, en la Reconquista Cristiana.

La traición de los hijos de Witiza, el penúltimo de los reyes godos, hace penetrar otra vez en “España” a los hijos de Numidia, los que llegan en calidad de auxiliares en la restauración de un trono, pero que pronto, como ocurre siempre en estos casos, se convirtieron en conquistadores, derrumbando en Guadalete a la monarquía visigoda y apoderándose de “España” con una rapidez sin par en la Historia de las invasiones.

Siete siglos cuesta a los cristianos reconquistar lo que los árabes ocuparon en el corto periodo de cinco años.

La labor de los primeros monarcas de la reconquista es lenta y laboriosa, limitándose casi exclusivamente a las incursiones y guerras de razias, tan peculiares en nuestra Península. Hay que llegar a Alfonso II el Casto para ver una frontera definitivamente establecida cerca del Duero, a pesar de que este monarca tiene que medir sus armas con Carlomagno, el soberano más poderoso de la Cristiandad, y con Abderramán II, el más firme puntal de la España árabe. Ramiro I tiene que hacer frente, además de a los árabes, a los normandos, pueblos que procedentes de las altas y gélidas latitudes del Septentrión, se habían lanzado como lobos hambrientos sobre las costas del Cantábrico, logrando detenerlos como Carlos Martel detiene en

Francia tres siglos antes a los ejércitos de la media luna. Alfonso III hace brillar sus armas cerca del Tajo. Fernando I une a León y Castilla y ejerce vasallaje sobre Navarra, preparando así la unidad nacional, y Alfonso VI, después de reconstruir la fragmentada herencia de su padre, conquista Toledo y pone la frontera junto al Tajo.

La conquista de Toledo fue el sueño de todos los monarcas de la primera etapa de la Reconquista, y puede considerarse como el hecho más transcendental de esta primera etapa. La conquista de Toledo, que pone en eminente peligro a la dominación árabe en “España”, sembró el pánico y el desconcierto en los descendientes de Mahoma, y hubo momentos en que la Reconquista parecía tocar a su fin, pues caída la ciudad del Tajo y muerto Almanzor, del Califato no quedaba sino la triste y ensangrentada herencia de los Reinos de Taifas, los más de ellos

feudatarios del rey Alfonso. Pero no... Mayores pruebas tenía reservadas la providencia a la España cristiana; y así como los árabes de Tarik y Muza pidieron el auxilio de aquel príncipe fugitivo de Damasco, que hoy condenado a muerte en Marruecos, inauguraba mañana en Córdoba el brillante periodo de los Abderramanes, el rey al-Mutamid (Abbad al-Mu'tamid) de Sevilla implora ahora la ayuda de un pueblo africano, pueblo cruel y fuerte como amasado por los aires y los soles del desierto; el pueblo de los almorávides.

Los almorávides, con Jusuf ben Tashfin, a la cabeza desembarcan en Algeciras y emprenden la marcha hacia Toledo. El rey Alfonso que se encuentra, a la sazón, poniendo sitio a Zaragoza, abandona el cerco y sale al encuentro de Jusuf. En los

llanos de Zalaca¹⁵, cerca de Badajoz, se entabla la batalla, la que después de varias alternativas, termina con la derrota del rey castellano que tiene que huir para no caer en poder de los ejércitos vencedores.

Después de Zalaca, la conquista de Toledo hubiera sido tan fácil como la conquista de Roma después de Cannas.

¿Qué ocurre, pues, entonces?; pregunta otra vez.

Pues ocurre lo que con Aníbal; que un mensajero comunica a Jusuf la muerte en África de su hijo primogénito, y Jusuf se retira a África como Aníbal se retiró a Capua; y aunque Jusuf vuelva a “España”, logrará unificar a los reinos de Taifas, logrará formar sobre los escombros del Califato, un imperio fanático y cruel, pero no logrará avanzar ni un palmo sobre los

¹⁵ En Sagrajas (Badajoz). La batalla se conoce como batalla de Sagrajas o batalla de Zalaca

reinos cristianos; y aunque después vengan los almohades con Miramamolín será derrotado por Alfonso VIII de Castilla y Sancho el Fuerte de Navarra en las Navas de Tolosa; y aunque después vengan los benimerines, encontrarán también su derrota en la batalla del Salado.

Otra vez la civilización occidental vence al León de Numidia.

Y termino, señores: Muchos siglos han transcurrido desde Covadonga a Granada, desde Pelayo a los Reyes Católicos; es verdad, pero es que la formación de las grandes naciones se hace en la escuela del dolor, de la perseverancia y de la fe. Las naciones que se forman con la facilidad y prontitud con que se construye un castillo de naipes, esas caen al primer soplo, sucumben al primer revés, a la primera contrariedad; pero las que luchan siglos,

soportando con estoicismo senequista y con la mirada fija en Dios, todos los infortunios, como España, a esas ya no habrá vendaval que las derribe; esas cumplirán su destino histórico y solo en las manos de Dios estará el poder capaz de destruirlas.

EN EL PREGÓN DE LA SEMANA SANTA DE TORREDELCAMPO

Sean mis primeras palabras para saludar a la Junta Directiva de este Círculo, y muy especialmente a su presidente, organizador de este acto cultural, el primero en su género, que se celebra en Torredelcampo: el Pregón de su Semana Santa, y para felicitarle en su acierto en la elección de pregonero, en la persona de Vicente Olla Rodríguez.

Vicente Olla Rodríguez no necesita presentación porque es conocido en este pueblo, igualmente que en toda nuestra provincia. No obstante es para mí un placer presentar a Vicente Olla porque a él me une el doble lazo de amigo y compañero, y porque es de

Cambil, pueblo donde he vivido largas temporadas,
en el que tengo buenos amigos, y el que he reflejado
en algunos de mis poemas líricos, como el que voy a
leeros.

Como nido de águilas caído
entre peñas que, bravas, lo rodean
está Cambil, la pintoresca aldea
al pie del Almadén, como dormido.

Un paisaje agreste y escondido
de montaraz belleza lo corea
y la huerta, vergel enflorado,
lo fecunda, lo enriquece y hermosea.

...Cuando en las tardes lentas del estío
se va dejando el sol tras la bravura
de la Pandera, en sombra el caserío,

parece que Cambil se transfigura...
y que bajo sus puentes llora el río
la idílica canción de su hermosura.

Vicente Olla es periodista. Escribe asiduamente en el diario “Jaén” usando el nombre de Jabalcuz en la sección: “Los trabajos y los días”. Es un trabajador incansable, en el diario permanece todos los días desde las cinco de la tarde hasta la una de la mañana. Es corresponsal de radio y de todos los medio difusión de Jaén. Es un excelente poeta y un buen prosista, fundador de la entidad cultural: “El lagarto bachiller” en la que tiene realizados excelentes trabajos de investigación histórica y arqueológica, por los que ha merecido ser nombrado cronista oficial de Jaén.

Pero no se agota aquí la personalidad literaria de Vicente Olla, pues además tiene un estudio crítico sobre Santa Teresa y San Juan de la Cruz, numerosas biografías sobre personajes de Jaén, y un trabajo geográfico e histórico de todos los pueblos de la provincia.

Y por último, Vicente Olla es un brillante orador. El año pasado pronunció en Jaén el pregón de la Semana Santa, y ha tenido numerosas intervenciones oratorias, siempre con clamoroso éxito.

¡Que esta de Torredelcampo sea una más!

Para comprender la Semana Santa andaluza hay que comprender a Andalucía

¡Andalucía y Castilla! Los dos núcleos fundamentales que han formado el pueblo español. Castilla, ancha, horizontal y concreta, Andalucía vertical y profunda, porque profunda es su alegría aunque la disfrace con oropeles y castañuelas. Andalucía senequista y contradictoria, que llora cuando canta y ríe cuando sufre, que al lado de la bullanguera alegría de las sevillanas, tiene el lamento del cante hondo o el alado suspiro de la saeta.

Andalucía es Huelva, la puerta por donde salieron nuestros navegantes para alumbrar un nuevo mundo, la patria de Juan Ramón Jiménez, el andaluz universal y el que ha calado más hondo en las entrañas de esta tierra. Andalucía es Cádiz, la de los bravos majos que lucharon contra Napoleón con el fusil en una mano y la guitarra en la otra, la de las Cortes de la libertad y de la democracia. Andalucía es Granada con los encajes de piedra de su Alhambra, con sus frondas y sus fuentes que parecen llorar aún los frustrados amores de no sé qué princesas agarenas. Andalucía es Almería, tropical y tostada como sus hombres. Andalucía es Málaga, la perla y señora del Mediterráneo. Andalucía es Córdoba, la sultana, la que asombra al mundo con su saber en tiempos de Abderramán tercero, la cuna de Séneca y Lucano, de Góngora y de Juan de Mena. Andalucía es Jaén, la ciudad del Santo Reino, la ciudad de la

Cara de Dios y del descendimiento de la Virgen de la Capilla. Y Andalucía es Servilla, ante la que se para el Guadalquivir para contemplarla, la ciudad de la gran Semana Santa andaluza.

Cada pueblo aporta su forma de ver a su Semana Santa.

Yo he visto los barrocos desfiles de las procesiones malagueñas; la grandiosa salida de Jesús del Gran Poder de Sevilla, el oscuro infierno de sus costaleros meciendo en las andas la gloria de sus imágenes, la riqueza de los tronos y la brillante pedrería de los mantos bordados, el silencio de los servitas en el que se siente mímicamente el blando y amarillo gotear de los cirios; y la saeta que rompe de golpe la metálica trompetería que deja en sordina los tambores y que sube al cielo como una flecha de fe y de esperanza; el paso del Abuelo por la cárcel antigua

de Jaén; las procesiones de Úbeda y Baeza, austeras y litúrgicas como sus olivos de la Loma.

La Semana Santa de Torredelcampo no tiene esa importancia, pero tiene también su alma, su ángel, su tipismo, y como ya estaréis impacientes por escuchar a nuestro pregonero, termino y cedo la palabra a Vicente Olla Rodríguez.

EN LA COMIDA-HOMENAJE A LA
MAESTRA Dña. ANA GARCÍA MENGÍBAR
POR SU JUBILACIÓN

Ha sonado aquí, para unirse al homenaje de Doña Anita, la voz del pueblo, en labios de nuestro alcalde. Ha sonado también la voz del magisterio en la dicción de un joven y diligente maestro; pero falta por oír la voz más íntima, más afectiva, más entrañable, la voz de la amistad. Esta voz va a sonar en boca de un poeta, amigo, desde hace mucho tiempo, de nuestra homenajeada

Es muy simpático reunirse unos amigos, en un rato de asueto, para tomar una copa de vino español; pero es más simpático todavía, si se hace para festejar el júbilo de un amigo, porque jubilación, como

termina de decir nuestro alcalde, en frase chispeante, viene de júbilo.

Celebramos la jubilación de una maestra ejemplar. No voy a hacer aquí el panegírico, la loa de doña Anita, porque sus cualidades son altamente conocidas. Diré solamente que su labor, durante cerca de cuarenta años, se llevó a feliz término, no ya entre las cuatro paredes de la escuela, sino que trascendió a todo el pueblo. Es, pues, la gran “madraza de la escuela”, y, todos, chicos y grandes, hemos aprendido algo de Doña Anita.

Quiero destacar la personalidad espiritual de la homenajeada parangonando una cita literaria y una anécdota:

Cuando en los oscuros calabozos de Los Plomos de Venecia, -nos refiere Silvio Pellico en su novela autobiográfica “Mis prisiones” en la que, el cirujano

de la prisión, tiene que amputar una pierna a un recluso-, éste le ofrece como pago su único tesoro: una rosa.

Pues bien: Cuando aquel mal viento negro de las “dos” Españas, puso tanta maldad en las almas y tanta hambre en los cuerpos, Doña Anita me ofrecía muchas veces una cajetilla de tabaco o un paquete de café, y, posando en mí el relampagueo de sus hermosos ojos verdes, me pedía a cambio: una rosa. Yo le leía a Platero o le escribía unos versos, porque verso y flor son una misma cosa.

Yo quiero ofrecer a Doña Anita, no un objeto material, como ya lo han hecho el Ayuntamiento y el Magisterio, sino lo que podemos ofrecer los poetas: una rosa. No la rosa calderoniana pomposa a la aurora y marchita a la tarde, sino la rosa simbólica y perenne de su espiritualidad, con esta poesía que le entrego

titulada “Ojos verdes”, no sin antes desearle que su vida de jubilada sea, por lo menos, tan prolongada como su vida profesional:

Cruzo, buscando unos ojos,
la soledad del sendero.
¿Dónde están los ojos verdes...?
¿Dónde están...? No los encuentro
ni en la paz del lago verde
ni en el verde-azul del cielo...
...Cruzan allá las esquilas
por el monte verdinegro
y una paz dulce y suave
va de esmeralda tiñendo
los caminos del presente
y el ángelus del recuerdo.
Cuando todos los caminos
pinte la noche de negro,
sólo habrá unos ojos verdes
dentro de mi pensamiento:
¡Qué serán luz que me guíen
a lo largo del sendero!

EN LA SEMANA CULTURAL DE TORREDELCAMPO “EL OLIVO”

Unas palabras para felicitar a la Junta Directiva de este Círculo, por traer a Torrdelcampo un aire nuevo de cultura, demostrando en estos tiempos de positivismo, que no sólo de pan vive el hombre. También quiero dar la bienvenida y recibir con los brazos abiertos a los poetas de Jaén que tan simbólicamente componen el grupo del “Olivo”. El “Olivo”, el árbol de estas tierras del Santo Reino, el árbol de Getsemaní y Jerusalén, el árbol que, juntamente con el laurel y el mirto, sirvió para coronar las frentes de los héroes y de los poetas.

Los poetas, a donde quieran que vayan, son siempre bien recibidos, porque ellos son los

portadores de la verdad. No la verdad lógica, prosaica y perecedera, sino la verdad eterna y permanente. No la verdad que es, si no la verdad que debe ser. Esa verdad que contemplamos desde lejos: el ideal.

Si. Desaparecen los pueblos y las culturas, pero perdura la poesía. Pasa Grecia con sus Instituciones y Roma con sus Magistrados, pero queda la Iliada, la Odisea y la Eneida. Pasa la España Medieval con sus luchas y sus conflictos, pero queda el poema de Mío Cid, el libro del Buen Amor, La Celestina y El Quijote. Pasa la Edad Moderna con sus Austrias y sus Borbones pero queda el Siglo de Oro de la Literatura Española. La poesía es eterna y mientras haya un hombre sobre la tierra habrá poesía.

Era costumbre, hasta muy recientemente, que los poetas sólo salieran a la palestra en la estación de la

primavera, por ser esta época del año la estación del estallido de la vida, de lo bellamente delicado, la mujer, el pájaro y la flor. Pero no. La poesía es de todas las estaciones, de todos los días y de todas las horas. Hay poesía en las siestas amarillas o en las noches estrelladas del estío. Hay poesía en los crepúsculos de oro del otoño. Y hay poesía en las cumbres nevadas o en las farolas, bajo la lluvia, de los parques abandonados del invierno.

Yo, poeta viejo, os saludo en nombre de Torredelcampo, y deseo vivamente que esta semana cultural sea como la semilla para futuros logros, la mano que encienda la hoguera, como decía Braulio Blanca, refiriendo a Papini.

EN LA SEMANA CULTURAL DE TORREDELCAMPO “EL LAGARTO BACHILLER”

Felicitaba yo anoche a la Junta Directiva de este Círculo por la organización de estos actos culturales, y daba la bienvenida a los poetas del “Olivo” en nombre del pueblo de Torredelcampo.

Esta noche repito las mismas palabras pero con la diferencia de que no es el Olivo, sino el Lagarto Bachiller el que viene a visitarnos.

Si el Olivo venía anoche en son de poesía, el Lagarto Bachiller viene esta noche en son de historia o mejor dijera, en son de tradiciones y de leyendas que son el perfume y la poesía de la Historia.

Explicaba el por qué el nombre simbólico del Olivo. Intento explicar ahora el del Lagarto Bachiller.

El de Lagarto es bien claro y tiene su origen en esa bella tradición o leyenda giennense del lagarto de la Magdalena. Pero, ¿y lo de bachiller?: Esta agrupación va recogiendo, en su peregrinar por los pueblos de Jaén, tanto los hechos geográficos como los hechos históricos que integran su tipismo, y que están, más que en los libros, en el corazón y en el habla popular de esos pueblos. Este grupo los asimila, les da forma literaria, y los pregona por toda la geografía de nuestra provincia, realizando así una gran labor cultural. De aquí, pues, el Lagarto Bachiller.

Históricamente, poco puede ofrecer Torredelcampo a la investigación del Lagarto Bachiller, ya que el único monumento que tenía, el castillo de la Floresta, en donde se dice que pernoctó Isabel la Católica, fue derruido por la terrible piqueta de los arquitectos modernos, estos arquitectos que tal

vez un día lleguen a derribar la Catedral de Burgos o el Monasterio de las Huelgas para construir en su lugar colmenas humanas o viviendas protegidas.

Dice Argote de Molina¹⁶ que Torredelcampo fue fundado en la misma fecha que Jaén y Martos, tomando el nombre de Osaria Bitosiria, formando parte de las colonias gemelas cuya capitalidad residió en Tucci, hoy Martos¹⁷.

En el lado Oeste del cerro de “Miguelico” se levanta la muralla ciclópea construida con grandes piedras en la época ibero-romana entre los siglos I antes de Cristo y I después de Cristo, con el objeto de

¹⁶ **Gonzalo Argote de Molina:** fue un militar, poeta, historiador, filólogo, anticuario, heraldista y genealogista español. El primer y único tomo de su Nobleza de Andalucía, publicado en Sevilla en 1588, dedicado A Felipe II, con dos libros, se refiere a la historia y nobleza del Reino de Jaén, constituyendo una de las obras más valiosas sobre la historia de la Provincia.

¹⁷ **Bibliografía:** ARGOTE DE MOLINA, Gonzalo, Nobleza de Andalucía, Libros I y II; Sevilla, Fernando Díaz, 1588; Jaén, Instituto de Estudios Giennenses, 1957.

reforzar las defensas del oppidum levantado, con anterioridad, por los iberos, y frente a la muralla, en el suroeste del cerro, en una zona rocosa, una necrópolis visigoda. También, orientadas hacia el sur, y más estrechas que las anteriores, alguna tumba musulmana. Considero de gran importancia una cueva denominada Goliat, situada en las proximidades de los asentamientos y en la cual se ha encontrado una figura de marfil, con indicios de la edad de cobre, un famoso idolillo, representación de una figura femenina de tan antiguo origen que algunos han visto en ella una reminiscencia del arte egipcio. En esta misma cueva también se han encontrado fragmentos de cerámicas romanas y medievales y diversas piezas de joyería.

Pero, sobre todo, Torredelcampo es cuna de hombres ilustres, aunque poco conocidos, por ser hombres modestos que han vivido y viven pegados a

su terruño, en paz sigilosa, alejados del mundanal ruido: Citaremos a Don Juan Moreno, notable químico y filántropo, a Don Miguel Sánchez, médico y poeta festivo que tiene un hermoso poema sobre el anterior, a Juan Parras, excelente guitarrista que puede hablarse de tu con Tarragó¹⁸ y con Segovia, a Don Juan Pulgar, ilustre cirujano, a los hermanos Arroyo, Don Eduardo y Don Gabriel, a Alfonso Parras, ya maestro de toda una generación de jóvenes pintores, a Juan Chica, inspirado poeta, que juntamente con el maestro Pedro Benito Pancorbo, compusieron el bellísimo himno a Santa Ana.

Pero, sobre todo, y lo que más vale, Torredelcampo es un pueblo, blanco de cal y sol, y de honrados y activos trabajadores, que no medraron

¹⁸ **Renata Tarragó** Fue una guitarrista. Maestra y artista, tanto como solista y acompañante. Ella fue la primera mujer guitarrista en grabar el Concierto de Aranjuez de Joaquín Rodrigo, y fue la editora de la primera edición publicada de la partitura *Concierto de Aranjuez*.

nunca, en los tiempos difíciles, ante el fantasma del hambre; que saben dejar bien puesto, a donde quiera que vayan a trabajar, el nombre de Torredelcampo.

EN EL HOMENAJE A JUANITO VALDERRAMA

Al levantarme para pronunciar unas palabras en este acto, cumplo con un deber: expresar mi admiración y cariño a Juanito Valderrama, así como el cariño y admiración que por él siente todo el pueblo de Torredelcampo.

En estos momentos yo quisiera no ser paisano de Juanito Valderrama, ni aun siquiera de la provincia de Jaén, para que no parezca que es ese cariño, de cercanía vecinal, el que calienta mi corazón y el que desata mi lengua en este homenaje que tan justamente le rinde hoy la provincia de Jaén.

No tendré que decir aquí, porque todos lo saben, que Juanito Valderrama es el artista que ha escalado

el pináculo de la fama por su propio esfuerzo, sin ayuda ni compadremos, recorriendo así el brillante camino hacia la última meta del arte, la inmortalidad.

Voy a sentar una verdad fundamental que será como la premisa mayor de todo mi razonamiento:

Juanito Valderrama es el cantaor más grande que ha tenido España en todos los tiempos, porque domina a la perfección todos los estilos y maneras, desde el leve suspiro del fandanguillo hasta la profunda queja de la taranta y la petenera.

Dígalo si no, su Antología del Cante, ese enorme monumento en el que, las voces de Chacón, de Manuel Torres y de la Niña de los Peines, por no citar más, se superan en su garganta de oro, adquiriendo ese sello personal e inconfundible que sólo sabe dar al cante Juanito Valderrama.

Yo, que me conmuevo, pero que no he llegado a llorar, oyendo los Nocturnos de Chopin o las sinfonías de Beethoven, he derramado lágrimas, oyendo bajo las estrellas, en el silencio y en la augusta soledad del campo, los discos de la Antología de Juanito. Y en ese levantamiento del lugar y de la hora, me ha parecido su voz como la voz profunda de la noche andaluza, de esta Andalucía que sabe llorar cantando y sabe morir riendo.

Para comprender el cante flamenco, el cante hondo, hay que comprender a Andalucía. ¡Andalucía y Castilla! Las dos grandes células del pueblo español. Castilla ancha, superficial y concreta. Andalucía soterrada, profunda y universal, porque profunda es su elegía, aunque la disfrace con oropeles y castañuelas, porque universales son sus sentimientos, sus artistas y sus poetas. Andalucía es Huelva, la puerta por donde salieron nuestros

navegantes para alumbrar un nuevo Mundo, la Patria de Juan Ramón Jiménez, el andaluz universal

Andalucía es Huelva, la puerta por donde salieron nuestros navegantes para alumbrar un nuevo mundo, la patria de Juan Ramón Jiménez, el andaluz universal y el que ha calado más hondo en las entrañas de esta tierra. Andalucía es Cádiz, la de los bravos majos que lucharon contra Napoleón con el fusil en una mano y la guitarra en la otra, la de las Cortes de la libertad y de la Democracia. Andalucía es Granada con su Universidad, con los encajes de piedra de su Alhambra, con sus frondas y sus fuentes que parecen llorar aun los frustrados amores de Princesas musulmanas. Andalucía es Almería, tostada y sufrida como sus hombres. Andalucía es Málaga, la perla y señora del Mediterráneo. Andalucía es Córdoba, la sultana, la que asombra al mundo con su saber en tiempos de Abderramán III, la

cuna de Séneca y Lucano, de Góngora y de Juan de Mena, Andalucía es Sevilla, la monumental, ante la que se para el Guadalquivir para contemplarla. Y Andalucía es Jaén, la ciudad del Santo Reino, la ciudad de la Cara de Dios y la del descendimiento de la Virgen de la Capilla, la tierra por donde pasó su misticismo San Juan de la Cruz, la Patria del sonoro cantor del 2 de Mayo y de Almendros Aguilar, la tierra, en fin, de otro poeta, la tierra de Juanito Valderrama. Sí, hasta ahora he llamado a Valderrama cantaor, pero Juanito Valderrama es mucho más que todo eso, ¡Es el poeta universal del cante andaluz!

EN EL ACTO LITÚRGICO-LITERARIO ORGANIZADO POR LA ADORACIÓN NOCTURNA DE TORREDELCAMPO (I)

España es un país de profunda tradición religiosa, y la poesía canta siempre los valores más excelsos y elevados del hombre, como es la religión, tenemos, en consecuencia, que contar en nuestra Historia de la Literatura con una larga lista de poetas líricos que han cantado y cantan, desde diferentes puntos de vista, los misterios de nuestra Religión Católica.

Yo quisiera hacer aquí un breve análisis de cada una de las épocas y cada uno de los poetas de estilo religioso, y muy especialmente, de los que los que se

inspiraron en el gran Misterio de la Eucaristía, mas me lo impide la brevedad del tiempo de que dispongo.

Diré solamente que entre los caracteres que adornan Nuestra poesía de la Edad Media, destaca profundamente el espíritu religioso. Nuestro primer poeta de nombre conocido es también el primero que allá en su monasterio de San Millán de la Cogolla, se consagra a Nuestra Señora, canta a la Eucaristía y pide la inspiración divina para algunos de sus poemas y libros de Santos:

“En el nombre del Padre que fizo toda cosa,

Et de don Ihesucristo, fijo de la Gloriosa,

Et del Spiritu Sancto, que equal d’ellos posa,

De un confesor sancto quiero fer una prosa”

A lo largo de los poetas de las dos escuelas medievales: El Mester de Clerecía y el Mester de Juglaría y aun a través de las dos corrientes posteriores, la petrarquista y la alegórica-dantesca, se sigue viendo la influencia del gran devoto de la Virgen, Gonzalo de Berceo.

Cuando el Renacimiento afloja los lazos religiosos en toda Europa, secando la rica sabiduría de la Edad Media, bebiendo en las antiguas fuentes paganas de Grecia y Roma, y haciendo girar el orbe entero entorno al hombre, en lugar de entorno a Dios (Humanismo). España sigue levantando la voz de sus poetas católicos y prepara y determina el soberano esplendor religioso de nuestro Siglo de Oro, asombrando al mundo con Calderón y Tirso de Molina, los poetas de la Teología, con Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz, los líricos de la Mística, y con el gran Lope de Vega, el cantor de la

Eucaristía, el gran pecador que tantas veces lo hunde
Eros y tantas veces su fervor religioso lo levanta hasta
sus últimas glorias.

Hasta el siglo XVIII, el siglo del
Enciclopedismo, cuando la lírica española pliega sus
alas para volar a ras de tierra, tenemos a Lista y
Meléndez Valdés. Y el Romanticismo por fin, que es
un siglo de crisis religiosa, vuelve sus ojos a la Edad
Media.

Unamuno representa la inquietud religiosa en la
generación del noventa y ocho, y actualmente son
incontables los poetas líricos religiosos que desde
diferentes enfoques cantan el divino misterio de la
Eucaristía.

He dejado para el final de mi disertación, la
referencia a un gran poeta religioso, casi
contemporáneo, y que por ser de Jaén, nos interesa

especialmente. Me refiero a Almendros Aguilar y del
que voy a estudiar solamente su soneto “A la Cruz”:

“Muere Jesús del Gólgota en la cumbre
con amor perdonado el que le hería;
siente deshecho el corazón María
del dolor de la inmensa pesadumbre.
Se aleja con pavor la muchedumbre
cumplida ya la santa profecía;
tiembla la tierra; el luminar del día
cegando a tanto horror, pierde su lumbre.
Se abren las tumbas, se desgarran el velo
y a impulsos de amor, grande y fecundo,
parece estar la cruz, signo de duelo,
cerrando, augusta, con el pie el profundo,
con la excelsa cabeza abriendo el cielo
y con los brazos abarcando al mundo”.

Primero, la mansa y dulce muerte de Jesús:

“Muere Jesús del Gólgota en la cumbre
con amor perdonado el que le hería;”

El sereno dolor de la madre:

“siente deshecho el corazón María”

Consumado el drama, la huida de los que le
aclaman en Jerusalén y después piden su muerte en el
Pretorio.

“Se aleja con pavor la muchedumbre
cumplida ya la santa profecía;”

Ahora la protesta de la Naturaleza por la muerte
del Justo.

“Se abren las tumbas, se desgarrá el velo”
“y a impulsos de amor, grande y fecundo,
parece estar la cruz, signo de duelo,
cerrando, augusta, con el pie el profundo,
con la excelsa cabeza abriendo el cielo
y con los brazos abarcando al mundo”.

Pocas composiciones en lengua humana pueden
comparársele en su género, y en toda la Literatura
Castellana de carácter religioso ninguna le iguala,
pese a los grandes sonetistas del Siglo de Oro. Había
en los sonetos religiosos de Lope de Vega más

hondura conceptual, mayor mención religiosa, más emoción mística en la angélica poesía de

San Juan de la Cruz; pero el sereno dramatismo de la muerte de Cristo, nadie lo recoge en la brevedad de un soneto, como Almendros Aguilar.

EN EL ACTO LITÚRGICO-LITERARIO ORGANIZADO POR LA ADORACIÓN NOCTURNA DE TORREDELCAMPO (II)

Después de oír las elocuentes palabras de José M^a Gallo Moya, muy breve va a ser mi intervención en este acto:

Solamente recitar tres sonetos religiosos de Lope de Vega y dos sonetos míos del mismo carácter, aunque menos relacionados con la Eucaristía.

El año pasado, y en este mismo acto y lugar, hacía yo un breve recorrido por la historia de la poesía eucarística española. Hoy voy a fijar mi atención únicamente en tres sonetos de las “Rimas sacras” del gran “Fénix de los Ingenios” de un gran pecador y gran arrepentido que tantas veces hunde su frente en

la tierra, para otras tantas levantarse, como águila caudal, hasta los últimos cielos, con las líricas alas de sus sonetos religiosos.

En nuestra poesía sacra, desde Berceo a Unamuno, nadie iguala a Lope de Vega.

Había mayor éxtasis contemplativo en San Juan de la Cruz, más profundidad teológica en Tirso de Molina y más hondura filosófica en Calderón de la Barca, pero en esa mención del arrepentimiento, en esa sentida sumisión a Cristo está por encima de todos.

Hubo desviaciones dogmáticas que exageraron aquellas palabras bíblicas: *“no soy digno de que entres en mi morada”*, para sostener que es tan enorme, tan prodigiosamente grandioso el sacramento de la Eucaristía, que el hombre debe desear el sacramento, pero jamás recibirlo.

Esto es erróneo, puesto que Cristo instituyó el sacramento para que recibiéramos con él su sangre y su cuerpo. Pero sí es verdad que cuando nos acercamos a recibir la comunión, sentimos como un estremecimiento de todo nuestro ser, y es que entonces vemos la miseria y pequeñez del hombre ante la imponderable grandeza de Dios.

Este sentimiento lo refleja Lope de Vega en el magnífico soneto titulado “Temores en el favor” que voy a recitar:

*Cuando en mis manos, Rey eterno, os miro,
y la cándida víctima levanto,
de mi atrevida indignidad me espanto
y la piedad de vuestro pecho admiro.*

*Tal vez el alma con temor retiro,
tal vez la doy al amoroso llanto,
que arrepentido de ofenderos tanto
con ansias temo, y con dolor suspiro.*

*Volved los ojos a mirarme humanos,
que por las sendas de mi error siniestras*

me despeñaron pensamientos vanos;

*no sean tantas las miserias vuestras
que a quien os tuvo en sus indignas manos
vos le dejéis de las divinas vuestras.*

Y estos otros sobre la perseverancia en el pecado:

Jesús quiere tocar con su gracia el alma del pecador,
pero éste perdido en los placeres del mundo no la
deja entrar o la aplaza para otro día que nunca llega:

*¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierto de rocío,
pasas las noches del invierno oscuras?*

*¡Oh, cuánto fueron mis entrañas duras,
pues no te abrí! ¡Qué extraño desvarío,
si de mi ingratitud el hielo frío
secó las llagas de tus plantas puras!*

*¡Cuántas veces el ángel me decía:
«Alma, asómate ahora a la ventana,
verás con cuánto amor llamar porfia»!*

*¡Y cuántas, hermosura soberana,
«Mañana le abriremos», respondía,
para lo mismo responder mañana!*

Y este otro de rendido y delicado amor:

*Pastor que con tus silbos amorosos
me despertaste del profundo sueño,
Tú que hiciste cayado de ese leño,
en que tiendes los brazos poderosos,*

*vuelve los ojos a mi fe piadosos,
pues te confieso por mi amor y dueño,
y la palabra de seguirte empeño,
tus dulces silbos y tus pies hermosos.*

*Oye, pastor, pues por amores mueres,
no te espante el rigor de mis pecados,
pues tan amigo de rendidos eres.*

*Espera, pues, y escucha mis cuidados,
pero ¿cómo te digo que me esperes,
si estás para esperar los pies clavados?*

Y por fin dos sonetos míos. Al contrario de las bodas de Caná, primero el vino bueno y luego el malo. “A Cristo en la Cruz”:

*Está la Cruz impávida y serena
sobre el monte del Gólgota sangriento.
El "consumatum est" flota en el viento
con un temblor de lacerante pena...
El paisaje de rocas y de arena
se estremece de horror en su cimiento,
y se cubre de sombra el firmamento
y de negro crespón todo lo llena...
...Ha doblado ya el Cristo la cabeza
sobre el pecho... ya todo ha terminado...
Y en silencio de trágica belleza
contempla Dios al Hijo idolatrado
que en delirio de amor y de grandeza
perdona a los que le han crucificado.*

Y para terminar, “Jesús crucificado”:

*Cuando, Jesús divino, así os veo
clavado en esa Cruz por mis pecados,
con el rostro y el pecho ensangrentados
como el más vil y miserable reo,*

*en mis carnes, Jesús, sentirme creo
los clavos de tus pies amoratados,
el agudo dolor de tus costados...
y es de morir sufriendo mi deseo.
...Es tanta mi amargura, Jesús mío,
que no sabiendo cómo consolarte,
que mi amor no se sacia con besarte
...y en mi rendido y loco desvarío
ganas me dan, Jesús, de desclavarte.*